

# NOTICIAS DE LIBROS

## INDICE

Ciencia y Teoría política.—Pág. 241.	Religión.—Pág. 274.
Sociología.—Pág. 250.	Economía.—Pág. 276.
Temas afro - asiáticos.—Pág. 257.	Derecho.—Pág. 279.
Temas hispanoamericanos.—Pág. 264.	Filosofía.—Pág. 281.
Historia.—Pág. 270.	Varios.—Pág. 291.

## CIENCIA Y TEORIA POLITICA

JACQUES MARITAIN: *Principios de una política humanista*. Editorial Difusión, S. A. Buenos Aires, 1969; 200 págs.

El sensible pensador francés Jacques Maritain aborda en este bellissimo trabajo el estudio de uno de los temas capitales de nuestro tiempo: los derechos humanos. La personalidad humana —subraya al comienzo de la obra— es un gran misterio metafísico. Sabemos que el aspecto esencial de una civilización, digna de tal nombre, es el sentido del respeto hacia la dignidad del ser humano: también sabemos que para defender estos derechos, como para defender la libertad, conviene estar pronto a dar la vida. ¿Cuál es, pues, el valor que encierra la personalidad del hombre para merecer estos sacrificios?

Para el autor el espíritu es la raíz de la personalidad y, por lo tanto, el valor de la persona, su dignidad, sus derechos, surgen del orden de las sagradas cosas naturales que traen la señal del

Padre de los seres, y que tienen en él el término de su evolución. En cada uno de nosotros la personalidad y la libertad de independencia crecen juntas —la dignidad de la persona y su libertad son derechos inviolables—. Pues el hombre es un ser en acción: si nada adquiere nada tiene y pierde todo cuanto tenía; siempre le es necesario conquistar el ser. Toda la historia, por consiguiente, de su desgracia o de su buena suerte es la historia de su esfuerzo para conquistar, con su propia personalidad, su libertad de independencia. Está llamado a la conquista de esa libertad. Ahora bien, se apresura a advertirnos Maritain, la autonomía de una criatura inteligente no consiste en no recibir ninguna regla ni medida objetiva de ninguna otra que no sea ella misma, sino en conformarse voluntariamente porque se las sabe justas

y verdaderas, y porque ama la verdad y la justicia. Tal es la libertad verdaderamente humana a la que la persona tiene como a una perfección connatural, y si ella aspira también a una libertad sobrehumana, esta sed de una perfección sobrenatural, cuya satisfacción no nos es debida, ciertamente que no se sentirá plenamente satisfecha sino recibiendo aquello que desea y gracias a una unión transformante con la naturaleza increada.

Llega el autor a la conclusión de que, en efecto, el hombre no nace libre sino en las radicales potencias del ser; se vuelve libre, y batallando consigo mismo, y gracias a muchos dolores, por el esfuerzo del espíritu y de la virtud, ejerciendo su libertad, la conquista, porque al fin y a la postre le ha sido dada mucho mejor de lo que la esperaba. Del comienzo al fin, a quien libra es a la verdad.

¿Cuál es, por lo tanto, el principal problema político y social de nuestro tiempo? Sin duda, se apresura a responder Maritain, que uno sólo: *la falsa y la verdadera emancipación política*. Lo que llamo la falsa emancipación política es la filosofía y la práctica social y política fundadas sobre la falsa manera de entender la conquista de la libertad. Mientras que, por el contrario, llamo verdadera emancipación política a aquella filosofía de práctica social y política fundada sobre la verdadera manera de entender la conquista de la libertad que, por supuesto, no conduce al mito sino a un ideal histórico concreto y a un paciente trabajo de formación y de educación de la masa humana.

La catástrofe totalitaria —destaca Maritain en otro lugar de la obra— que ha arrojado el infierno sobre Europa, es, sin duda, testimonio de la inmensa gravedad que supone el atropello de los derechos humanos. Es, por ello, preciso el esforzarse para conseguir en todas las esferas de la actuación del hombre una puri-

ficación radical, es decir, hay que ir —como S. S. Pablo VI ha señalado en su encíclica *Populorum Progressio*— hacia una condición más humana de la dignidad del hombre y de los pueblos. De esta manera será posible que, en un futuro próximo, en la esfera política de la verdadera ciudad reinen los derechos humanos puesto que, efectivamente, los que ejerzan la autoridad serán designados por el propio pueblo en régimen democrático y los elegidos gobernarán el pueblo en vista de los intereses comunes. El Poder —aunque, a primera vista parece que sucederá todo lo contrario, no perderá su carácter tradicional— será fuerte y los gobernantes tendrán pleno derecho a mandar, y mandar sobre personas libres, todas llamadas a participar concretamente en la vida política en la mayor medida posible ya que el hombre, en su radical e intransferible individualidad, no será dejado en estado de átomo sino agrupado en comunidades orgánicas, a partir de la familia, natural comunidad de la base política futura.

Pero para conseguir la efectividad de este programa que, en cierto modo, puede parecer utópico, no basta con la simple instauración de unas nuevas estructuras políticas y sociales aun por importantes que éstas sean. El alma —señala Maritain— de la nueva vida social está hecha de eso que superabunda en la propia vida de las personas, del don de lo suyo que comporta y de una gratuita generosidad cuya fuente está en lo más íntimo del corazón. En resumen —dice el autor—, la buena relación y el amor de persona a persona y entre la persona y la comunidad, son las que sólo pueden dar al cuerpo de la vida social un carácter verdaderamente humano.

Hay que prescindir, quíerese o no, para lograr una absoluta armonía social y política de la deificación del hombre dado que, en efecto, la necesidad de la autoridad en la comunidad política, como la

del Estado, es una necesidad inscrita en la naturaleza de las cosas: teniendo realidad, unidad y vida, al mismo tiempo que todo, la comunidad política es, bajo este título, superior a sus partes como tales y exige una distribución jerárquica de sus órganos y a la vez, necesita que algunos, dentro de ella, tengan por propio trabajo las funciones que atañen a la unidad del todo, la dirección de la obra común y de la vida pública y, por lo tanto, autoridad sobre los otros.

La nueva política humanista tendrá muy presente dos importantes principios: *la igualdad entre todos los hombres y la desaparición del maquiavelismo*. Para la consecución real del primer principio no se requiere el cumplimiento de condición especial alguna dado que, como expresa Maritain, la igualdad de la naturaleza del hombre y su concreta comunión en el misterio del género humano, no moran en ninguna idea; están guardadas en el corazón individual cuyo concreto son las raíces de la esencia de cada cual. Oscura porque está situada en el mismo plano de la esencia y de las energías radicales, primordial porque contiene los orígenes del ser y se revela cómo el parentesco del prójimo se confunde con este parentesco de todos en cada uno y de cada uno en todos. Si tratáis a un hombre como hombre, si le queréis y respetáis como se merece, el secreto que lleva en sí y el bien de que es capaz su personalidad singular, volverá entonces efectivo en vosotros su parentesco de naturaleza y su igualdad o unidad de naturaleza con vosotros. El amor del ser humano hacia sus semejantes es el que revela y actualiza la igualdad específica entre los hombres.

Llega Maritain a la conclusión de que, ciertamente, no es la comunidad de raza, de clase o de nación, es el amor de caridad, quien nos constituye en lo que debemos ser, miembros de la familia de Dios, de la sola comunidad donde cada persona, arrancada de su soledad radical, comulga verdaderamente con los otros, y hace de ellos sus hermanos, porque se da a los mismos y muere en cualquier forma por ellos. Ninguna palabra significa tan profundamente el misterio y la dignidad de la persona humana.

En cuanto a la necesidad de que los principios maquiavélicos desaparezcan de la política contemporánea tiene un claro y definitivo fundamento: al desenmascarar al ser humano, según el autor de estas páginas, Maquiavelo mutiló su verdadero rostro e hirió mortalmente sus ojos. Lo que verdaderamente realizó fue expulsar enteramente la ética, la metafísica y la teología, del reino de la ciencia política y de la prudencia política, y ésa es también la más violenta mutilación sufrida por el entendimiento práctico del hombre y por el organismo viviente de la sabiduría práctica.

Maquiavelo, según Maritain, tiene que ser desterrado si queremos que la nueva política sea, en verdad, una política justa. El maquiavelismo se devora a sí mismo y, como resulta muy fácil comprobar, el maquiavelismo común ha devorado y aniquilado al maquiavelismo de Maquiavelo. El maquiavelismo débil o atenuado está fatalmente destinado a ser vencido por el maquiavelismo absoluto y virulento. Esta es una gran lección que los futuros políticos no deben olvidar. — J. M. N. DE C.

JACK NEWFIELD: *Una minoría profética. La nueva izquierda norteamericana*. Ediciones Martínez Roca. S. A. Madrid, 1969; 210 págs.

Michael Harrington, autor de *The Other America* y —como él se define— «uno de los pocos supervivientes políticos de la traumatizada generación de los años cincuenta», escribía años antes: «Lo que define las posibilidades radicales, hoy como ayer, no es un estilo de pensamiento o una tendencia intelectual, sino el pueblo en movimiento.» Hoy, prologando el presente libro, afirma: «Es casi siempre cierto que son unos pocos individuos atípicos los que tienen el verbo y energía suficientes para ser los primeros en expresar lo que es típico de su tiempo.» Este grupo de jóvenes radicales, en su mayor parte hijos privilegiados de la clase media americana, integran «una minoría profética» —según el autor de este ensayo, J. Newfield— que determinará fuertemente el rumbo de nuestra poca y de los Estados Unidos. Harrington —quizá en su calidad de líder adulto y «poco profético»— cree que Newfield tiene razón. En su mayor parte los nuevos izquierdistas han vuelto conscientemente la espalda al éxito que podían obtener dentro de su propia clase, y ello se entiende como un buen cimientito para la nueva «conciencia política» de los Estados Unidos (aquellos que originan una conciencia social raramente han pertenecido al sector de quienes despiertan la conciencia). Es un hecho, y no ya una simple profecía, que los millares de jóvenes blancos que componen la «nueva izquierda» se han convertido en una auténtica «fuerza nacional» en favor de los negros, de la gente pobre, de una política exterior pacífica y de no intervención. También es un hecho que muchos liberales están de acuerdo con esta serie de críticas concretas. La complejidad de este movimiento aumenta cuando pasamos del nivel político al nivel ma-

ral: «Comprobando el vacío ético del país —dice Newfield—, los nuevos radicales hicieron de la moralidad y de la verdad las piedras de toque de su movimiento (...). Su política no está determinada particularmente por la consecución del Poder o del éxito, sino más bien por alternativas morales absolutas.» Y del nivel «moral» pasamos al existencial, que supone la rebelión contra la impersonalización impuesta por la tecnología y el dominio del hombre por las máquinas. El libro traza una minuciosa, y amena, descripción de los grupos que integran la nueva izquierda, así como pone de relieve sus principios ideológicos —anarquismo, pacifismo, socialismo— que configuran este género de radicalismo, más que pluralista, proteico. Uno de sus capítulos se dedica al examen de la izquierda «clásica» o «hereditaria», modelada por las revoluciones rusa, china o cubana, y cuyo sentido antidemocrático es denunciado por Newfield como la antítesis de la «nueva» izquierda. Frente a la izquierda «clásica», cuyas ideas «parecen heredadas, en vez de recreadas a través del doloroso contacto con el ambiente», la nueva izquierda parte de un planteamiento «esencialmente humanista y existencial». Planteamiento que se impone en una sociedad en que se agudiza la progresiva totalitarización de la vida. En él se juntan «el humanismo existencial de Albert Camús, el anticolonialismo de Franz Fanon, el anarquismo comunitario de Paul Goodman, la alienación poética de Bob Dylan». Jefferson, William James, C. W. Mills...

No nos encontramos, sin embargo, ante un libro apologético. Es profundamente cierto que su autor —aun siendo miembro de la generación que describe—

ha «tratado de escribir un documento que sea a la vez un apoyo fraterno de este nuevo radicalismo y una crítica honesta de sus excesos y de sus deficiencias». Entre éstas, una actitud de moralismo romántico, emocional, el fuerte tono antirracional y antiintelectualista incluso; y la incapacidad confesada de presentar alternativas creadoras que, en oca-

siones, conducirá al puro nihilismo. En el aspecto organizativo, la carencia de un liderazgo unificador que potencie políticamente este movimiento.

El libro está completado por una *addenda* de José Ramón Llobera, en que se registran los últimos acontecimientos (1966), y una síntesis cronológica (1960-1968).—RAFAEL LUIS NINYOLES.

WALTER THEIMER: *Historia de las ideas políticas*. 2.<sup>a</sup> edición. Barcelona, 1969; 552 páginas.

Reconociendo la imposibilidad de llevar a cabo una historia de las ideas políticas descritas de un modo «imparcial», Theimer la construye con arreglo a unos determinados valores que les servirán de pauta para dar mayor importancia a una u otra doctrina o proceder a la crítica de las mismas. Su sistema de valores es aquél que hasta el presente ha sido patrimonio de los países occidentales europeos, es decir, el pensamiento político liberal y social, próximo al complejo llamado "humanístico".

Muy poco provecho para la democracia moderna pueden extraerse de los escritos de Platón. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de Aristóteles. En conjunto, y fuera del abuso ocasional de la palabra *politeia*, el totalitarismo moderno ha encontrado pocas ocasiones de defender sus ideas con la autoridad de Aristóteles. El fue el primer pensador que distinguió entre Estado y Sociedad. Uno y otra no son idénticos. Aristóteles estableció la distinción para asignar al Estado una posición propia en el plano más elevado, pero más bien puede ésta aplicarse para limitar al Estado en una determinada esfera y asegurar el libre desenvolvimiento de otros elementos sociales (pág. 35).

La explicación del Estado moderno descansa en la misma evolución de los vínculos feudales. Lentamente los señores

fueron llevando a tal extremo su independencia del Rey, rescatando incluso su deber de seguirle mediante el pago de una cierta cantidad de dinero. Desde el momento en que la presencia personal de los *fideles* podía ser sustituida por una suma de dinero, la relación se había desplazado decisivamente; el verdadero feudalismo había perdido su base. En efecto, el Rey tomó el dinero y pagó con él a un Ejército de mercenarios que le hizo independiente de los caprichos de los señores y, en último término, le permitió someterlos y llegar a ser el verdadero dueño del Estado (pág. 70).

La soberanía popular tiene su punto de partida en Altusio. Para él la mejor forma de Gobierno es la democracia directa de las Asambleas populares y puesto que sólo pueden celebrarse en pequeñas unidades de población recomienda organizar el Estado como una *federación de comunidades autónomas* (pág. 102). La teoría democrática a partir de entonces va a desarrollarse por los cauces trazados por el racionalismo. En Puffendorf, Hobbes y Locke había un fondo común: la consideración del hombre, base de las ideas políticas, como un ser individual y racional.

A juicio de Theimer esta concepción dio un cambio radical con Hume, pues fue quien primero puso de relieve cómo todo obrar humano contiene factores irra-

cionales. Quien como Locke acepta que la clave del actuar humano se encuentra en la búsqueda del goce y la huida del dolor, presupone en el hombre demasiada previsión y cálculo; lo considera más racional de lo que en realidad es. Con todo parece que Hume acepta la definición utilitarista de la razón —según la cual una actuación es racional cuando está orientada a lo provechoso— y sólo niega que los hombres se dejen guiar siempre por la razón (pág. 146).

Hay que ponerse en guardia contra la tesis mantenida por Bentham y Mill de que el mejor liberalismo es aquél que parte del relativismo y del utilitarismo. En sí, el utilitarismo, por su propia esencia, no permite trazar *a priori*, y con caracteres de permanencia, una frontera entre la esfera individual y la estatal, pues si reconoce la existencia de una esfera privada es basándose en una estimación de su utilidad que puede cambiar en cualquier momento: basta que la sociedad encuentre más útil otro sistema (pág. 271).

Partiendo del dualismo metódico aplicado con gran precisión, lo cual hace que cataloguemos al autor en la corriente neokantiana, se critica duramente el intento de Marx de hacer desaparecer el dualismo entre *ser* y *deber ser*. Aceptar que hay relaciones de dependencia entre las ideas y las circunstancias sociales de una época es metódicamente valioso y desde Marx se ha tenido en cuenta esas relaciones con bastante generalidad. Lo erróneo es pretender extraer de tal afirmación consecuencias sobre la valoración de las ideas. La defensa y aprovechamiento de determinadas ideas por ciertos grupos humanos, que reconocen en ellas algo útil para sus intereses económicos es evidentemente un hecho histórico y vigente como lo es asimismo que las ideas de esta clase tienen mejor perspectiva de imponerse en la realidad: los fac-

tores reales pueden tener un efecto selectivo sobre las ideas. Sin embargo, con esto nada se ha dicho sobre su *valor*, completamente *autónomo*, de cualesquiera intereses de clase (pág. 328).

El entrecruce entre el pensamiento de Kant, del cual el autor en ningún momento quiere desprenderse y el genio en las ideas que le reconoce a Max Weber, coloca a Theimer en un difícil dilema. Un estudio amplio realiza Theimer sobre Max Weber con el fin de centrar su pensamiento y ver hasta qué punto podría compaginarse con el de Kant. Reconoce así que aunque Weber había podido resolver el problema del determinismo histórico-político a favor de la libre decisión humana dentro de presupuestos medianamente cognoscibles que casi siempre permiten otra alternativa, no pudo llegar a dar una solución de la antítesis entre lo que él llama *ética de las convicciones* y lo que apellida *ética de la responsabilidad*. Para él la ética de las convicciones toma cuerpo en el sermón de la Montaña y en el postulado categórico de Kant. Weber, en verdad, polemiza contra Kant: una pura ética de las convicciones no es posible en política. La política sustancialmente es el polo opuesto de la verdadera ética. Naturalmente, lo que ocurre en la práctica es que la ética de las convicciones se emplea para la propaganda, mientras en la realidad del Gobierno los políticos atienden más a los métodos de Maquiavelo. Ciertamente, no se podría decir que éstos sean completamente contrarios a toda ética; lo que ocurre es que están inspirados en el deber «ético» de alcanzar el objetivo político elegido (página 487).

Magnífico resumen, pues, de los temas propios de la historia de las ideas políticas nos presenta esta traducción de la conocida *Geschichte des Politischen Ideen*, cuya primera edición data de 1960.

Theimer coloca siempre las ideas políticas en el mundo del *deber ser*, pudiendo ser comprendidas solamente partién-

do de unos valores supremos que intuitivamente son apreciados por el pensador genial.—A. E. G. D.-LL.

W. J. M. MACKENZIE: *Politics and social science*. Penguin Books. Harmondsworth (Middlesex), 1967; 424 págs.

En 1964, Maurice Duverger presentaba su *Introduction à la politique* como «un ensayo personal». *Politics and social science* es también eso, pero sólo en cierta medida. Ante todo, es una exposición objetiva y bien ordenada, que puede servir de guía al lector. En cuanto a amplitud y diversidad temática, supera tal vez los manuales corrientes. También los supera en punto a actualidad. W. J. M. Mackenzie ha intentado recoger y presentar los resultados de la investigación reciente que son de interés para el estudio de la política. El título, por tanto, no ha sido escogido al azar. El autor se desentiende así de la enojosa cuestión de si existe —o no— una «ciencia política» a se stante. Hace más, suscribe la frase de F. F. Ridley: «Espero no destruir enteramente la fe en la omnisciencia de los profesores si confieso ahora que no sé demasiado bien cuál es mi disciplina». Pese a todo, es indiscutible que existe una tradición clásica a la que Mackenzie dedica, por cierto, la primera parte de su libro.

El plan expositivo seguido por el autor es bastante riguroso, de otro modo el resultado hubiera sido caótico. El libro comprende cinco partes («Tradicional», «La ciencia política en las universidades», «La teoría contemporánea», «Política sin Estados» y «Los hombres y sus Estados») y veinte capítulos, generalmente subdivididos en apartados especiales que condensan noticias claras y observaciones interesantes.

Un libro tan denso y cuidadosamente estructurado como el de W. J. M. Mackenzie pone al crítico en un aprieto. El

problema consiste en pasar de las generalidades al detalle. Sin duda, no basta con decir que *Politics and social science* es una visión amplia, rica y penetrante del estado actual de los estudios que tienen que ver con la política —incluyendo entre ellos los que pertenecen a la «ciencia política» estricta. La dificultad de entrar en detalle estriba en que esos estudios representan más o menos el campo completo de la ciencia social.

El autor, en efecto, no ha hecho sino examinar esa totalidad desde el punto de vista de quien estudia la política. Y el lector, por su parte, llega a la conclusión de que, cuando se trata de abarcar una totalidad, el punto de vista que se escoja no tiene demasiada importancia. La perspectiva cambiará, ciertamente. Pero todas las perspectivas están ensambladas formando un conjunto que no cambia con tanta facilidad. El resultado último sería —o debería ser— bastante parecido, aunque el punto de vista fuera otro. Esta impresión —que exageramos un tanto adrede— no es tan trivial como pueda parecer. Cualquier observador que considere el estado presente de las ciencias sociales advertirá que —más allá de la especialización, que va en aumento— los investigadores están cada vez más convencidos de que sus campos respectivos son interdependientes. No se habla ya de «economía pura», ni de «política pura», ni de nada semejante.

Baste un ejemplo: W. J. M. Mackenzie reconoce que la investigación sociolingüística —de la que parece tener noticia sólo a través de la obra de Basil Bernstein— es relevante para el estudio

de la política. Y bien, cualquier sociolingüista que tenga una concepción amplia de su especialidad llegará a la conclusión recíproca. Política y lenguaje son como urdimbre y trama, y el tejido que forman, junto con otras cosas, es la sociedad.

El propio Mackenzie cita a Richard Feynman: «Hemos de tener siempre presentes todas las maneras que hay de mirar una cosa». No cabe, pues, admitir una «ciencia política» cerrada y autárquica. De hecho, la comprensión de la vida política se ha enriquecido gracias a aportaciones hechas desde campos periféricos: estudios empíricos de sociedades animales, de pequeños grupos, de sociedades tribales, de comunidades locales, de organizaciones, etc. También es ahora cuando empieza a abrirse camino el estudio de la política a escala mundial —lo que el autor llama *inclusive system*. Correlativamente, la teoría del Estado ha perdido ya toda su preeminencia. La política —sea *politics* o sea *policy*— no es una actividad exclusiva del Estado, ni tampoco de la «sociedad civil», sino de toda sociedad en general.

Al mismo tiempo, la «ciencia política» se está revolucionando internamente. En gran parte, esa revolución es técnica y se debe, sobre todo, a la introducción de las *big machines*, que permiten manejar enormes volúmenes de datos y realizar con ellos operaciones bastante complicadas. Pero la revolución es también metodológica. El razonamiento de quienes estudian la política debe y puede ser hoy más autoconsciente y autocrítico

que en épocas pasadas. Y esto no depende ya de las máquinas, sino de los estudiosos.

Amén de informar de los logros de algunas investigaciones especializadas (sociología del Derecho, sociolingüística, etcétera), *Politics and social science* considera y compara críticamente las «grandes teorías» (la marxista, la parsoniana y la de Easton) que han inspirado los (también «grandes») estudios comparativos aparecidos en los últimos años. Más sólidas y menos ambiciosas son las «teorías parciales»: la de la información, la de los juegos y la de las decisiones (*decision-making*).

El lector se hará cargo de que es difícil comentar y valorar con justicia un libro como *Politics and social science*. Aunque no está, ciertamente, exento de defectos, sus méritos parecen bastante mayores. En consecuencia, lo recomendamos, no sólo a quienes estudian especialmente la política, sino también a cuantos tengan algún interés por las ciencias sociales en general.

La obra de W. J. M. Mackenzie incluye una lista bibliográfica de 484 títulos, que puede resultar muy útil, aun cuando no pretende ser orientadora.

La *Introduction à la politique* produce en el lector una impresión de unidad. *Politics and social science* produce, al contrario, una impresión de diversidad. Ese aspecto ambiguo no es culpa de Maurice Duverger ni de W. J. M. Mackenzie. Tampoco es simplemente cuestión de perspectiva.—LUIS V. ARACIL.

HANNS KURZ: *Volhssouveränität und Staatssouveränität*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstad, 1970; 416 págs.

Advierte el editor que los dieciséis artículos contenidos en el volumen han sido seleccionados eludiendo cualquier discusión específica entre «soberanía del pue-

o soberanía del Estado». Por el contrario la norma que ha orientado la selección de aquéllos ha sido la de contribuir a la divulgación de las diversas posiciones so-



bre el tema del criterio interno de la soberanía. La posibilidad de distinguir entre soberanía interna o estatal y soberanía externa o popular ha sido ya muy debatida en el ámbito de la teoría pura del Derecho. Para la escuela de Kelsen, en efecto, ambos son inseparables.

Explica asimismo el editor cómo la teoría de la soberanía política, en cuanto soberanía interna, resulta prácticamente tan antigua como la reflexión acerca de la vida política, común desde Aristóteles e Isidoro de Sevilla, pasando por los medievales, Bodino, los jusnaturalistas españoles hasta Carl Schmitt o Capitant. Los trabajos seleccionados pertenecen a épocas distintas. A continuación transcribimos los títulos y los autores, junto con la fecha de publicación original.

X. S. Combotheca, *El concepto de soberanía* (1897); Emile Boutmy, *En torno a la cuestión de la soberanía popular* (1904); Harold J. Laski, *La soberanía del Estado* (1917); C. N. Starcke, *Observaciones en torno a las ideas de la soberanía* (1931);

Moritz Stockhammer, *En torno a la teoría de la soberanía*; Hans Kelsen, *La transformación del concepto de soberanía* (1931); B. Mirkin-Getzewitsch, *La soberanía de la nación* (1936); Felice Battaglia, *La soberanía y sus límites* (1938); Jacques Maritain, *El concepto de soberanía* (1950); Nicolás Ramiro Rico, *La soberanía* (1952); Ulrich Scheuner, *El artículo 146 de la ley Fundamental y el problema del poder constituyente* (1953); Siegfried Landshut, *Soberanía popular y opinión pública* (1953); Theodoro Maunz, *El poder constituyente en la ley Fundamental* (1953); René Capitant, *El conflicto entre la soberanía del pueblo y la soberanía del Parlamento en Francia desde la liberación* (1954); Friedrich August von der Haeydte, *Del santo imperio a la soberanía del pueblo santificada* (1955); Werner Thieme, *Todo poder político proviene del pueblo* (1955), y Dimitri S. Constantopoulos, *Dos concepciones fundamentales de la soberanía*.—D. N.

W. CORNIDES, D. MENDE y W. WAGNER: *Die Internationale Politik*. Verlag R. Oldenbourg. München-Wien, 1969; 583 págs.

Este anuario del Instituto de la sociedad alemana de investigación de política exterior contiene veintinueve trabajos firmados por veintitrés colaboradores relativos a los aspectos más sobresalientes de la política mundial durante el año 1963. El lector interesado, tanto como el especialista, pueden encontrar en esta obra una sólida información, así como interpretaciones sugerentes. De por sí, publicaciones como ésta constituyen una fuente del mayor interés para el historiador. Dadas sus características parece, empero, más útil que una insuficiente reseña de conjunto, transcribir la lista de temas tratados. Una primera parte bajo la rúbrica *Puntos claves de la política mundial*, contiene los siguientes trabajos:

Henry M. Patcher, «El conflicto Este-Oeste»; Heinz Brahm, «La disputa chino-soviética acerca de la "teoría pura" del marxismo-leninismo»; el mismo, «Las contraposiciones de la política de poder entre China y la Unión Soviética»; Robert F. Lamberg, «La crisis en el movimiento comunista internacional»; Hans Braker, «La Unión Soviética y China en competencia por los países en desarrollo»; Erich Kordt, «La política de alianza del mundo libre»; el mismo, «Las Naciones Unidas como foro de los nuevos Estados». El título *Poderes y agrupaciones en Occidente* contiene dos trabajos de Klaus Epstein, «La política interior norteamericana durante el último año de Kennedy»; H. Schwelien, «La política de

confrontación y de erosión de la alianza occidental»; Miriam Camps, «La sociedad europea»; Wolfram-Georg Riggert, «La reanimación de la EFTA»; Walter Schutze, «La política de De Gaulle».

Sobre «La Alemania dividida» escriben dos artículos Alfred Gerigk, «La República Federal y la República Democrática Alemana», y Otto Frei: «Los esfuerzos de la República Democrática Alemana para el reconocimiento internacional». Las relaciones entre «La Unión Soviética y las democracias populares del Este y del Sudeste europeo» son tratadas por Eberhard Schulz, «La Unión Soviética»; Viktor Meier, «La democracia popular en el Este y sudeste europeo»; Hermann Gross, «El este y el Sudeste de Europa y la sociedad económica europea».

Sobre los países árabes colabora Christiane Rajewsky con un artículo titulado «Los esfuerzos realizados en El Cairo, Damasco y Bagdad en orden a la unidad árabe». Eberhard Stahn escribe acerca de

«El Africa al sur del Sahara». Un artículo de Boris Goldenberg, «Latinoamérica», se ocupa de estos países. Otro grupo de artículos versan acerca del «Lejano Oriente y Sudasia». Los temas concretos debatidos son: Gottfried-Karl Kindermann, «China»; Dietmar Rothermund, «El influjo de China en los países del Sudeste asiático»; el mismo, «Los conflictos fronterizos de la India y sus consecuencias respecto a la política de alianzas»; el mismo, «Las limitaciones de la nueva orientación del Pakistán en la política internacional»; Lalita Prasad Singh escribe también sobre «El problema chino en el Sudeste asiático», «Indonesia: de una confrontación a la otra» y «El conflicto en Indochina»; Donald Edward Kennedy, «Problemas de seguridad en Sudasia»; Joseph Roggendorf, «Japón».

Los acostumbrados índices, la puesta al día de la bibliografía sobre estos temas y demás características habituales de este *Jahrbuch* completan la aportación del mismo.—D. N.

## SOCIOLOGIA

HENRI KRASUCKI: *Syndicats et lutte de classes*. Editions Sociales. París, 1969; 127 páginas.

Este pequeño libro, escrito por el secretario de la C. G. T. francesa, quiere salir al paso de las numerosas acusaciones que en los últimos años se han dirigido al referido Sindicato. Se sigue manteniendo que la razón de ser del Sindicato es la *lucha de clases* y que esta lucha no puede desaparecer sino con la colectividad de la *propiedad*. Si no hay «propiedad» colectiva de las Empresas, de la tierra, de la producción, el capitalismo sigue en todo su vigor por mucha reforma que en sus estructuras se hayan llevado a cabo.

Partiendo de esta premisa inmutable, la C. G. T. rechaza la *participación* en

la Empresa, la *coestión*, el *accionariado* obrero y tantos otros procedimientos tendentes a lograr una colaboración «ficticia» de los trabajadores en el capital. «La participación en la Empresa, según las declaraciones de De Gaulle, es un sistema fijado por una ordenanza, la información del personal por los patronos y el derecho a hacer sugerencias. ¡Qué bonita invención! Ella existe desde hace tiempo en los Estados Unidos. ¿Y cuál es el resultado? Todo el mundo sabe que Estados Unidos sigue siendo el prototipo de los países capitalistas modernos, el de los monopolios más gigantescos» (pág. 25).

ciencia que vacile en olvidar a sus fundadores está perdida», y una apostilla de Alvin Gouldner («Pero, para olvidar algo, es menester haberlo sabido antes. Una ciencia que ignore a sus fundadores no sabrá cuánto ha adelantado ni en qué dirección; de modo que estará igualmente perdida»).

No es fácil, por supuesto, pronunciar un juicio de conjunto sobre una obra colectiva, formalmente homogénea, pero heterogénea en todo lo demás.

Para empezar, podría discutirse largamente el criterio que ha presidido la elección de las figuras a estudiar. Está fuera de dudas que Adam Ferguson, Claude H. de Saint-Simon, Auguste Comte, John S. Mill, Frédéric Le Play, Karl H. Marx, Friedrich Engels y Herbert Spencer contribuyeron decisivamente a instituir las ciencias sociales. También es cierto que Edward B. Taylor, Charles Booth, Georges Sorel, Vilfredo Pareto, Thorstein Veblen, Emile Durkheim, Georg Simmel, los esposos Beatrice y Sidney Webb, Max Weber, Leonard T. Hobhouse y Robert E. Park consolidaron los logros anteriores y dieron una configuración duradera a los estudios. Finalmente, es innegable que Alfred R. Radcliffe-Brown, Bronislaw Malinowski, Pitrim A. Sorokin, Karl Mannheim y Talcott Parsons se cuentan entre las grandes figuras de este siglo.

La cuestión es otra: ¿por qué no ocuparse igualmente de autores como Adam Smith, Jeremy Bentham, Gabriel Tarde, William G. Sumner, William F. Ogburn, Robert M. MacIver, Georges Gurvitch, Robert K. Merton, C. Wright Mills y bastantes más? Pero tal vez haya que disculpar todas esas ausencias, puesto que es claramente imposible hacer justicia en un solo y pequeño volumen a cada uno de los muchos «padres fundadores» que la ciencia social ha tenido.

Debemos, por lo tanto, limitar nuestra crítica al contenido efectivo del libro. En rigor, cada uno de los veinticuatro

artículos merece una consideración especial —que, sin embargo, no podemos prestarle aquí—. Comoquiera que no hay un criterio objetivo que nos permita discernir los mejores trabajos, el comentario que sigue delatará inevitablemente nuestras preferencias personales.

Es de celebrar que Donald MacRae haya rescatado de un injusto olvido a Adam Ferguson, que fue convecino, coetáneo y tocayo de Smith: el padre de la economía clásica. En su *Essay on the history of civil society* (1767), Ferguson usó de la generalización y de la abstracción sistemática con extraordinaria lucidez: Aun cuando no acuñó ningún rótulo afortunado, podría disputar a Comte el título de fundador de la sociología.

Julius Gould y Jean Floud hacen sendas semblanzas intelectuales de Comte y de Mannheim. El parecido entre ambos personajes es notable. Tanto el uno como el otro vieron en la sociología el mejor modo de instaurar el imperio de la Razon en la vida social, y exageraron consiguientemente el papel de la *intelligentsia*. A nuestro entender, esa propensión a la utopía no es una deformación profesional, sino más bien el punto de partida de la vocación sociológica. Y acaso sea más saludable que dañina, mientras no llegue a abolir el sentido crítico.

MacRae, John Rex y Goldthorpe presentan, respectivamente, a Marx, a Engels y a Spencer, de manera original y atrayente. El primero mantiene que la obra de Marx es «un constante correctivo» en la medida en que obliga a pensar en aspectos no manifiestos de la realidad social. Y añade: «Además, Marx es un antídoto contra algo que parece increíble: el hecho de que buena parte de la sociología se haya basado —y siga aún basándose— en la suposición de que la armonía y la inmutabilidad son las características normales de la sociedad. Es difícil concebir que alguien... haya podido concebir eso de la condición humana

Respecto a la *cogestión* los juicios no son menos duros. «¿Qué podemos nosotros *cogestionar con ellos*? ¿La explotación de los trabajadores? ¿La concentración capitalista? La *cogestión* es una comedia del género de la participación gaullista.»

Para el secretario de la C. G. T. francesa no existe sino un Poder pernicioso: el del Estado capitalista. Mientras ese persista es una quimera hablar de división del poder, de una variedad de poderes, etc. Incluso la palabra «Poder obrero» no significa algo sensato, pues da la impresión que dicha palabra ha sido lanzada con el fin de evitar las alianzas entre la clase trabajadora y aquellos otros sectores progresistas de la población que pudiesen ayudar a la reversión de la sociedad capitalista. La unión entre los partidos de izquierda y los sindicatos se predica como una necesidad ineludible en los tiempos actuales. La unidad sindical es necesaria, pero dejando bien en claro cuáles son los programas de las distintas centrales sindicales y la C. G. T. Por ejemplo, la C. F. D. T. es acusada de «reformista» y de «poco revolucionaria», ello no impide que llegado el momento de la lucha por las reivindicaciones trabajadoras todos los sindicatos se unan.

Al final se contiene, en forma de entrevista, una serie de declaraciones del

secretario de la C. G. T., Krasucki, sobre la naturaleza de la citada organización sindical. En primer lugar se la define como «una organización de masas, una organización de clases, una organización democrática» (pág. 91). Las diferencias fundamentales entre la C. G. T. y otros sindicatos, especialmente la C. F. D. T., estriba en lo siguiente: mientras la C. G. T. es una organización fundada sobre el reconocimiento de la realidad de la lucha de clases, la C. F. D. T. es una organización fundada sobre las concepciones reformistas. Espera mejorar el capitalismo sin atacar la dominación de los monopolios sobre los medios de producción y *sin plantear seriamente el problema de poder político*. Esto explica sus ilusiones sobre la *cogestión*, autogestión, poder sindical, etc. Por esta razón también la C. F. D. T. está en contra de la unión de todas las fuerzas de izquierda.

En fin, estamos ante un pequeño manual, bastante claro por cierto, sobre los objetivos de la C. G. T. francesa. En él puede apreciarse unos postulados que en lo sustancial no han variado desde hace más de medio siglo. Quizá sea este «conservadurismo» la causa principal del distanciamiento entre la nueva izquierda y la C. G. T. francesa. Quizá lo sea también de la reducción que ha experimentado en los últimos años el número de sus afiliados.—A. E. G. D.-Ll.

TIMOTHY RAISON (Ed.): *The founding fathers of social science*. Penguin Boosk. Harmondsworth (Middlesex), 1969; 238 págs.

Bajo el epígrafe general «The founding fathers of social science», el semanario *New Society* empezó a publicar en marzo de 1963 una serie de artículos que, en forma de relatos biográficos y críticos, discutían temas de teoría sociológica. El compilador, Timothy Raison, presenta en un volumen aquellos veinticuatro trabajos, ordenados cronológicamente. El

primero, de Donald G. MacRae, está dedicado a Adam Ferguson (1723-1816), y el último, de Roland Robertson, a Talcott Parsons (n. 1902).

La serie pretende abarcar un intervalo de casi dos siglos, y aparece encabezada por una «Introducción» de John H. Goldthorpe, cuyos lemas son un *locus classicus* de Alfred N. Whitehead («Una

en sociedad. Sin embargo, los sociólogos parecen haberlo concebido».

También nos parecen excelentes —a pesar de su forzosa concisión— los artículos que J. A. Banks y Anthony Giddens han dedicado, respectivamente, a Veblen y a Simmel. Este último supo enfocar la interacción social (*Wechselwirkung, Vergesellschaftung*) de manera enormemente fecunda y parecida, por cierto, a la de George H. Mead. En ese sentido, Simmel es —más aún que Weber— un precursor importante de las teorías modernas de la comunicación. Y es uno de los pocos sociólogos que han estudiado la incomunicación y el secreto.

Por último, son muy equilibrados los juicios de Roland Robertson acerca de la contribución de Parsons a la teoría sociológica.

El volumen incluye una breve lista de trabajos importantes sobre cada uno de los personajes tratados.

*The founding fathers of social science* no es en modo alguno «la» historia de la sociología, ni tampoco «una» historia, sino una serie incompleta de semblanzas críticas. Pero el lector puede encontrar en este pequeño volumen observaciones de verdadero interés que buscaría en vano en libros de mayor envergadura.—LUIS V. ARACIL.

PETER HEINTZ: *Los prejuicios sociales*. Editorial Tecnos, Madrid, 1968; 171 páginas.

El estudio de Peter Heintz, *Los prejuicios sociales*, se cuenta, a nuestro juicio, entre las síntesis más completas y elaboradas en torno a este tema, cuya investigación se ha desarrollado de forma creciente en estas últimas décadas, coincidiendo con la emergencia de una serie de graves problemas típicos de la sociedad norteamericana. Comparándolo con un «clásico», el trabajo de G. W. Allport, *The Nature of Prejudice*, el libro de Heintz nos parece menos prolijo, más ceñido —también, en justicia, menos original—. Digamos, desde el principio, que gran parte del mérito del presente libro estriba en haber intentado superar, siquiera en su enfoque, cualquier unilateralidad. En primer término, porque Heintz cuida de interrelacionar e integrar en su análisis tres dimensiones de la realidad social —que, de hecho, imponen el uso de tres sistemas conceptuales—: el estudio de la estructura psicológica del individuo, que codetermina básicamente determinadas disposiciones fundamentales de conducta; el factor cultural, como selección de modelos de conducta socialmente sancionados, y el ele-

mento «social», entendido como la pertenencia a un *status* y el despliegue de un determinado papel en la sociedad. En segundo lugar: el hecho de que la mayor parte de las investigaciones se hayan verificado en los Estados Unidos (hecho paralelo, sin duda, al avance general que las ciencias sociales registran en dicho país) no ha dejado de ejercer un cierto peso negativo, al relegar a un plano secundario aquellos aspectos que, especialmente en Europa, han tenido mayor significación: así el estudio de los prejuicios nacionales y de las minorías coexistentes en un Estado de base plurinacional. En este sentido, tiene especial interés la exposición de Heintz sobre la «relación entre mayoría y minoría» y sobre el «nacionalismo».

De acuerdo con la mayoría de los investigadores, Heintz conceptúa el prejuicio, en sentido estricto, como un factor significativo en la relación entre los miembros de un determinado *ingroup* y uno o varios de los *outgroups* correspondientes a dicho grupo. La relación *ingroup-outgroup* constituirá el «marco de referencia» social frente a grupos y

categorías. Sentado esto, los prejuicios sociales provocan a menudo la cristalización de un grupo, que forma su propia conciencia frente a los ataques de grupos ajenos. El autor subraya que «resulta imposible aislar totalmente el problema de prejuicio negativo, es decir, del auténtico prejuicio (...) y dejar de lado el prejuicio positivo que lleva implícito». Así, el prejuicio *stricto sensu* no sólo se centra en aspectos culturales y sociales a los que el individuo se siente extraño. Debe también referirse a la actitud del individuo respecto al propio grupo desde el cual juzga a los otros grupos. La existencia de un prejuicio «positivo» entrañará la presencia de un prejuicio «negativo». Ambos tipos parecen vincularse recíprocamente en una mutua relación compensatoria: un prejuicio positivo respecto al *ingroup* está ligado a uno negativo débil respecto al *outgroup* y viceversa.

En otro lugar hemos expuesto este mecanismo partiendo —como lo hace el autor del presente libro— de una relación disimétrica, en función de la superposición de dos pautas en una relación en que la supervaloración del término «inferior» (minoría) y la denigración o subvaloración del término superior (mayoría = *outgroup*) van tan unidas como las dos caras de una moneda. Cabe que la supervaloración de uno de los términos y la correlativa denigración del otro se den, al mismo tiempo, en un mismo plano y con el mismo énfasis; pero, por

regla, existe una acusada diferencia de intensidad, y esta diferencia explica la diversidad de contenidos «positivo» y «negativo» del prejuicio. Podremos hablar de supervaloración compensatoria cuando el objetivo primordial y obvio consiste en elevar «lo nuestro» de tal forma que la subvaloración de «lo nuestro» será una implicación inevitable, pero secundaria y accidental —frecuentemente minimizada— (tal, en el ejemplo de Heintz, la actitud de una aristocracia segura de su pertenencia a un estamento privilegiado y no amenazada por los restantes sectores). En cambio, puede observarse el fenómeno de una subvaloración prejuiciosa en el caso contrario, por ejemplo: los prejuicios antisemitas que, no pudiéndose fundamentar en una pertenencia definida al grupo no judío o «ario», no obstante cumple una función psicosocial compensando los sentimientos de inferioridad de los antisemitas mismos respecto a los judíos. Tal es, a nuestro juicio, el esquema conceptual implícito en el enfoque de Heintz.

Convendrá que señalemos, por último, que si bien la obra de Heintz representa un valioso esfuerzo de síntesis, quedan en él por explicar, sin embargo, las conexiones entre la teoría de los prejuicios social y la llamada teoría de la ideología. Las escasas referencias que se hacen en este sentido son totalmente incorrectas. La insuficiencia aludida es, de todos modos, muy general en este tipo de estudios.—RAFAEL LUIS NINYOLES.

PIERRE JARDILLIER: *La organización humana de las Empresas*. Editorial Tecnos. Madrid, 1969; 487 págs.

Considera el autor de este libro que las Empresas industriales presentan en nuestros días una extraña paradoja. Los problemas técnicos más arduos, aquellos mismos que no se osaba evocar hace veinte años, quedan resueltos unos tras

otros con una facilidad y a una cadencia desconcertantes y, sin embargo, los problemas que podríamos denominar «humanos» quedan, en no pocas ocasiones, pendientes de una solución final. En todo caso, nadie podría poner en duda

esta afirmación, la Empresa goza en la actualidad de una importancia político-social sin precedentes y, consiguientemente, no resulta raro que, por ejemplo, en uno de los documentos más trascendentales de nuestro tiempo, como lo es la Constitución «Gaudium et Spes», se dedique a la Empresa atención preferente.

La Empresa, como ya hemos afirmado en líneas anteriores, tropieza con profundos y decisivos obstáculos que tiene que vencer. Son, en su mayor parte, situaciones nuevas; problemas que exigen un tratamiento especial, circunstancias imprevistas, situaciones imperativas de orden metodológico. Hoy la Empresa es esto: pura metodología. Por eso mismo, como nos hace ver el profesor Jardillier, el pasado apenas si puede brindarnos alguna experiencia utilizable, puesto que, efectivamente, aunque conozcamos la vida política y social, la religión y la vivienda de las diferentes civilizaciones que precedieron a la nuestra, estamos menos informados de su trabajo. Y es que sucede, subraya el autor, que la Historia recoge más gustosamente el relato de los combates que la descripción de las actividades pacíficas.

La organización actual de la Empresa implica un complejo de actividades en donde tiene un papel preponderante la actuación de algunas ciencias que, por ejemplo, como la Medicina, la Psicología y el Derecho, han estado ausentes en épocas pretéritas de cuanto pudiera significar actividad industrial. Hoy, pues, el estudio del trabajo se impone como premisa inevitable de toda organización humana de la Empresa. Sin embargo, así al menos lo estima Jardillier, la organización científica del trabajo constituye con frecuencia un serio obstáculo: por ser extremadamente diverso, por modificarlo continuamente el progreso técnico y, sobre todo, porque cada operario deja en él una huella distinta.

Destaca el autor que, efectivamente,

cuatro corrientes de pensamiento han contribuido sigularmente al conocimiento del trabajo humano: el estudio de los movimientos, el estudio fisiológico del trabajo, el estudio psicológico y las prácticas industriales. Para Jardillier, según confiesa en la página 33 de su libro, la intervención de los psicólogos ha abierto un inmenso cauce de posibilidades en el conocimiento y organización del trabajo, ya que, gracias a su actuación, se ha conseguido cierta armonía entre aptitudes individuales y determinadas exigencias psicológicas de los empleos.

Uno de los capítulos más interesantes de la obra lo constituye el dedicado al tema de *la gestión del personal*. El tema, como el lector fácilmente comprenderá, es de capital importancia si, en efecto, pensamos —y en esta definición seguimos el criterio del autor— que la gestión de personal es la adaptación permanente de los destinos individuales a las necesidades de la Empresa y a las posibilidades de quienes trabajan en ella; impone, por tanto, la búsqueda continua, para cada uno, de la función más difícil que, en un momento dado, sea capaz de desempeñar; aquella en la que se desarrollará con mayor plenitud prestando a la Empresa el mejor servicio posible. Aunque, ciertamente, cueste algún esfuerzo el creerlo —según se nos dice en este libro (pág. 113)— el progreso técnico hace que la gestión de personal sea una condición básica de la productividad del personal manual, sin ningún género de dudas, pero más aún de los maestros de taller, de los empleados, de los técnicos, de los ingenieros y, singularmente, de los dirigentes. El peor despilfarro que pueda existir en una Empresa es el de las dotes humanas. Sin embargo, salvo excepciones, es el despilfarro más frecuente al mismo tiempo que el más importante.

A la vista, pues, de cuanto antecede, no nos sorprende que las grandes Empresas dedicadas a fabricaciones unitarias:

han sido las primeras en preocuparse de la gestión de los cuadros. En efecto (página 133), el número de sus ingenieros se fue acrecentando rápidamente en la fabricación, pero, sobre todo, en los servicios de investigación, de estudios y de concepciones. Condenadas a vender ideas para poder vender equipos, han evitado una especialización demasiado rigurosa que las haría vulnerables en el plano comercial y se convierten en verdaderas empresas de invención que fundan su porvenir en sus servicios de concepciones.

Se ocupa el profesor Jardillier en el libro que comentamos de tres aspectos del quehacer laboral sumamente importantes, a saber: de la formación del personal, de la adaptación del trabajo al hombre y, finalmente, del ambiente dentro del cual el trabajo se desarrolla. Por la peculiar matización del tema y, desde luego, por ser uno de los más recientes descubrimientos que en el campo de la organización de la Empresa se han llevado a cabo, sólo nos vamos a fijar, aunque sea muy brevemente, en el segundo de los apartados, es decir, el consagrado a los medios de adaptación del trabajo al hombre. La tarea en este sentido es sumamente fácil, ya que únicamente consiste en recordar que el hombre no es una máquina. Precisamente, la inadaptación del trabajo al hombre surgió —subraya el autor— de los excesos de una civilización mecánica que olvidaba, al construir sus fábricas, que había hombres que les entregarían su vida. Los puestos de mando de numerosos equipos modernos se han concebido cual si las aptitudes humanas no tuvieran límites. A la inversa, los trabajos en serie se han dividido hasta el tope, como si los hombres que habían de realizarlos no tuvieran aptitud alguna. Ambos excesos, de sentido contrario, pero igualmente desastrosos, proceden del mismo origen: al concebir las instalaciones, las necesidades relativas a los hombres sólo se consideraban una vez consideradas las exigencias

de la producción y sólo en la medida en que son compatibles con éstas. Señala por esto Jardillier que, efectivamente, lo ideal sería que la psicología industrial siempre pudiera anticiparse al progreso técnico para orientarlo en un sentido humano, antes que tener que soportarlo y corregir tardíamente sus fallos. Por esto mismo, puede afirmarse, que el porvenir de la psicología industrial reside en esta previsión atenta. El autor, por último, llega a la conclusión de que la adaptación del trabajo al hombre estará mejor servida por quienes han escogido al hombre por centro de sus preocupaciones: el médico de Empresa, el psicólogo industrial o el ingeniero encargado de la prevención de accidentes (pág. 217).

En la parte final de la obra el autor se ocupa de los problemas de la organización y de la reorganización de la Empresa dado que, efectivamente, muchas Empresas crecen demasiado deprisa, mientras que otras, por el contrario, se apoltronan en el conservadurismo. El proceso de rejuvenecimiento es lento y difícil y, en todo caso, profundamente enérgico. El práctico, asesor o cuadro encargado de resolver los problemas humanos de la Empresa, tiene que diagnosticar primero su exacta situación y situarla en su evolución. Por ser —escribe el autor— toda organización el resultado de una opción entre inconvenientes diversos, toda Empresa tiene puntos flacos. Cada tipo de producción comprende en el plano humano ventajas y desventajas. Más o menos, en todas las Empresas se registra el absentismo y la inestabilidad. Lo importante es saber hasta qué extremo tales fenómenos pueden considerarse como normales, a partir de qué marca se han de tener por alarmantes. Hay, además, que tener en cuenta que la Empresa no es nunca algo independiente del ambiente social y económico local del que vive y al que hace vivir; por ello, es siempre peliagudo des-



cubrir si los males que la aquejan resultan de su comportamiento o del ambiente que la rodea.

Llega a la conclusión el profesor Jardilier de que, efectivamente, la próxima revolución industrial será la del automatismo. Por consiguiente, la evolución del

trabajo es relativamente previsible. Los trabajos físicamente duros van siendo más raros. Serán sumamente bien pagados, ya que cada vez serán más difíciles de proveer. En todo caso, la Empresa tiende a establecer la primacía de lo humano.—J. M. N. DE C.

### TEMAS AFRO-ASIATICOS

GENERAL CHASSIN: *La conquista de la China por Mao Tse-tung*. Alianza Editorial. Madrid, 1968; 284 págs.

No puede ponerse en duda el hecho evidente de la popularidad de Mao Tse-tung. Caudillo, militar, estratega, diplomático, hombre del pueblo y, sobre todo, figura mítica en la que creen y esperan millones de hombres. Todo, pues, cuanto se escribe sobre el dirigente chino no carece de valor. Su personalidad tiene tantas dimensiones que, hoy por hoy, no parece probable que pueda escribirse un libro en el que, con la diafanidad deseada, puedan definirse todas sus actitudes, sus formas de pensar y sentir. El libro que comentamos responde, acaso, a las dos perspectivas menos conocidas, piénsese lo que se quiera del legendario caudillo: la militar y la diplomática. El general Chassin, ex miembro del Estado Mayor francés, gran conocedor del arte de la guerra y de la diplomacia, es el autor de estas páginas, en donde, al margen de otras cosas, estudia el increíble fenómeno que la figura de Mao Tse-tung representa en la política contemporánea. Se trata de un libro, conviene advertirlo desde estas primeras líneas, objetivo, sincero y prudente. El autor, con el sobrio estilo militar, penetra en la «intimidad oficial» del dirigente chino.

El título del libro que comentamos es, a nuestro parecer, sumamente evidente, puesto que, en efecto, Mao Tse-tung ha sido un auténtico conquistador. Sin embargo, a la vista de cuantos datos se

registran en este libro, la campaña del caudillo chino no fue, precisamente, un camino de rosas. Las acciones emprendidas por Mao Tse-tung no fueron, en ningún momento, fruto de la precipitación. Ahora, gracias a los datos revelados por el general Chassin, puede afirmarse que, ciertamente, la figura del legendario caudillo era algo mucho más serio, más hábil y profundo que un simple especulador de la política. Mao Tse-tung era y es —no existe motivo alguno para poner en duda esta cualidad— un excepcional estratega y un observador de la política internacional muy clarividente. Mao Tse-tung, en uno de sus primeros libros, tuvo la visión profética de que, justamente, en China era necesario provocar una especie de revolución democrática muy semejante a las revoluciones de corte europeo. Muy pronto, sin embargo, se dio cuenta de que, en el siglo XX, las revoluciones siguen realizándose a la vista de un sólo objetivo, a saber: contra el capitalismo. China, en la época de Mao Tse-tung engendraba estos pensamientos, carecía de una clase aburguesada. Para cumplir sus proféticos sueños político-sociales Mao Tse-tung no dudó, efectivamente, en crear ese «nuevo capitalismo». Capitalismo que, por supuesto, se encargaría de desarbolar al crear, según nos dice el general Chassin, la «nueva democracia».

Mao Tse-tung, sin duda, es uno de los genios políticos más grandes de nuestro tiempo. Es el estratega más temido por Moscú y, desde luego, el hombre que más a fondo ha logrado dominar a su pueblo. Es, además, llegado el momento clave, una especie de prestigitador que sabe sacar de la manga la doctrina, el partido, la clase social, la idea, la solución que calma los ánimos. De entre todas sus grandes actuaciones socio-políticas estamos bien seguros de que los observadores de la política internacional recuerdan dos cosas: la «nueva clase social» —a la que llama la «nueva democracia»—, caracterizada por la coalición de todas las clases revolucionarias: campesinos, obreros, pequeños burgueses e incluso capitalistas antif feudales y patriotas, y, por otro lado, la magnífica exactitud con que, en el llamado «conflicto chino-soviético» siempre se ha conducido. Mao Tse-tung desde que logró emanciparse del paternalismo ruso se ha dedicado al deporte político de encontrar «contradicciones permanentes» en la formulación del programa de Moscú. La «contradicción» además ha sido una de las grandes constantes de su quehacer político-social y, en efecto, creemos recordar que uno de sus primeros libros de doctrina política está, precisamente, consagrado al análisis de las «contradicciones socio-políticas».

El general Chassin dedica la mayor parte de la obra a la exposición detenida y profunda de las campañas militares de Mao Tse-tung. No duda, conviene recordar que es un militar el autor de estas páginas, en examinar con todo detalle los objetivos tácticos y la estrategia adoptada por Mao Tse-tung en los conflictos armados de 1945, 1946, 1947, 1948 y, sobre todo, en 1949 —año en el que Mao Tse-tung culmina su empresa—. El general Chassin subraya, quizás en contradicción con el sentir de no pocos políticos contemporáneos, que, como todas

las guerras modernas, la guerra civil china ha sido una guerra total, a escala de los medios chinos; el factor militar no ha sido el único factor determinante. Por eso, con manifiesta curiosidad, junto a la exposición de los hechos «estrictamente militares», sitúa a aquellos otros de carácter político, social, moral y económico. Sin necesidad de entrar en detalles que puedan, en algún modo, justificar la veracidad del juicio que emite el general Chassin, podemos subrayar que, ciertamente, Mao Tse-tung, desde su entrada en el escenario de la política internacional, ha ido, cada vez más, mostrándose como un hombre de estado de gran categoría. El general Chassin no puede disimular su ferviente admiración y exclama: «Mao tiene el don de juzgar adecuadamente las situaciones y los hombres. Observemos —puntualiza— aun que ha leído cuidadosamente toda la literatura marxista, leninista y estaliniana, que se ha formado solo y que es el único jefe de partido que no ha abandonado nunca China».

El auténtico triunfo de Mao Tse-tung, según el autor de estas páginas, radica en haber resuelto con métodos prácticos la llamada «cuestión social». El volver las espaldas a este problema fue, justamente, lo que precipitó la caída de Chiang Kai-shek. Por consiguiente, más que un triunfo «militar», la victoria de Mao Tse-tung debe considerarse como el resultado de la perseverancia de un hombre en el destino de su pueblo. Mao Tse-tung, efectivamente, entendió —así lo expone el autor de estas páginas— que «no hay raza o generación degenerada. Los niños de hoy tienen las mismas cualidades innatas que los de los siglos pasados. Todo reside en la educación o, si se prefiere, en el "condicionamiento" de los hombres.» Mao Tse-tung, por consiguiente, ha triunfado porque ha conseguido dar una fe a los campesinos chinos, es decir, a su pueblo. Lógicamente, otras

de las bazas de la victoria maoísta radica en el hecho, igualmente trascendental, de haber logrado hacer de sus soldados los obreros «de una China, poderosa, honrada, donde reinará la justicia, la verdad y la paz». En todo caso, Mao Tse-tung ha sabido ser, a un mismo tiempo, caudillo, estratega, militar, político y educador de su pueblo. Por otra parte, cosa en la que no es preciso insistir, Mao Tse-tung ha sabido ir recorriendo el programa comunista soviético y, precisamente, todas las «concesiones» que ha realizado han consistido, en verdad, en amputar la doctrina marxista. Quizás, a nuestro parecer, el gran hallazgo de Mao Tse-tung ha sido, en el campo de la política internacional, el empleo de su fórmula mágica de «la revolución permanente». Nos maravilla cuando, por ejemplo, contemplamos algunas de las principales directrices de la política china y las comparamos a la soviética, la capacidad china de adoptar posturas y teorías más radicales que las apoyadas por Moscú. Mao Tse-tung ha conseguido lo más difícil de obtener, a saber: un programa

político flexible cuya constante alteración, transformación o amputación no hagan resentirse los cimientos del gran edificio estatal.

Señala, por último, el general Chassin, que uno de los proyectos finales de Mao Tse-tung consiste en despersonalizar la actividad política, es decir, que ningún hombre, sean cuales fueren sus capacidades, puede esperar conseguir un puesto de dirección exclusivamente porque sea el más cualificado; necesita otros triunfos. Podemos, pues, llegar a la conclusión de que, en efecto, Mao Tse-tung, con toda probabilidad se está dando cuenta de que no durará siempre y desea asegurarse de que cuando él muera o se retire, la nueva China sea tan apasionadamente revolucionaria como en el comienzo de su mandato. Quiere, ha escrito un notable comentarista de política internacional, sobre todo, que los jóvenes eviten la «trampa burguesa», en la que él cree que ha caído la Unión Soviética, y que consideren la revolución como un estilo de vida.—J. M. N. DE C.

JEAN LACOUTURE: *Ho Chi Minh*. Alianza Editorial. Madrid, 1969; 284 págs.

No es aventurado el afirmar que Ho Chi Minh, el hasta su fallecimiento primer presidente de la República democrática del Vietnam, es un perfecto desconocido para los occidentales. Por otra parte, los grandes rotativos internacionales siempre que se han ocupado circunstancialmente —ya sabemos que el periodismo es flor de un día— del político vietnamita lo han hecho con tanto apresuramiento y ligereza que, en verdad, el hombre de la calle no podría fijar con un mínimo de aproximación algunos detalles de la vida y de la inmensa obra del dirigente del Partido comunista indochino. En todo caso, aunque sobre su obra —más que sobre su vida—

se han escrito miles de libros e, igualmente, multitud de estudios monográficos, no podemos dejar de reconocer que, en efecto, es un perfecto desconocido para Occidente.

Celebremos, pues, la aparición en castellano de una de las más agudas biografías que sobre Ho Chi Minh se han escrito. Obra, en definitiva, en la que no solamente se analizan los aspectos más profundos de la larga existencia del político vietnamita, sino, a la par, el proceso determinante de sus «grandes decisiones». El autor de esta monografía —no se trata, como más adelante veremos, de una simple exposición de hechos vitales o anecdóticos acaecidos a una persona

determinada— es, por su formación universitaria y profesional, un especialista en la materia. Quizás, pensamos, uno de los pocos periodistas europeos que están, hoy por hoy, en condiciones óptimas para hablarnos del conflicto bélico del Vietnam con el conocimiento y la prudencia necesaria. Recordemos, por ejemplo, las crónicas aparecidas bajo su firma en *Le Monde*, y, sobre todo, las entrevistas que en diferentes épocas sostuvo con el dirigente indochino.

Las biografías de los grandes políticos internacionales —no hay duda de que Ho Chi Minh lo fue— resultan, como es sabido, prácticamente insoportables. El incienso, la veneración extrema, el culto a la personalidad ahogan, a la postre, todo lo que de nítido y ejemplar existe en los grandes hombres. Confesemos que las páginas de Jean Lacouture nos maravillan por su sobriedad, por el rigor y la objetividad con que, en todo momento, se enjuician los modos con que, en vida, se condujo el político vietnamita. Una mirada, incluso muy poco profunda, al índice de materias y quedaremos sorprendidos de que un hombre, en el no muy extenso plazo de toda una vida, pueda ofrecer tantas y tan variadas dimensiones humanas, a saber: el campesino, el emigrante, el militante, el unificador, el liberador, el guerrillero, el vencedor, el revolucionario, etc.

En Ho Chi Minh tenemos el definitivo ejemplo del hombre que se entrega a su pueblo y cumple, no vamos a determinar si acertada o desacertadamente, una misión histórica. La biografía política del dirigente vietnamita es, consiguientemente, la biografía de su propio pueblo. Son, pues, muy exactas las palabras de Lacouture cuando nos dice —conviene recordar que el libro ha aparecido meses antes del fallecimiento de Ho Chi Minh— que «desde hace medio siglo se afana y lucha, clandestino y encumbrado, guerri-

llero y presidente». «Medio siglo hace que este hombrecillo de cara color de té y barbilla color de arroz, de ardiente mirada bajo una frente coronada por un rebelde mechón de cabellos, de silueta irrisoria enfundada en su blusa de lienzo reteñido, mantiene, en el corazón de la Tercera Internacional, por la nación vietnamita y la revolución leninista, un combate que carece de precedentes por la diversidad de tácticas y de situaciones, la flexibilidad del juego, los riesgos corridos, los sacrificios aceptados, la fantástica desigualdad de las armas que le oponen sus adversarios. Personaje tan frágil que sólo parece sobrevivir por la fuerza de la imaginación en el ardor de la lucha de un pueblo tan frágil, frugal y estoico como él...»

La lucha de Ho Chi Minh es incansable y no ha conocido un momento de sosiego en el campo de batalla. Pero hay, además, un Ho Chi Minh diplomático que la pluma de Lacouture trata de captar en toda su singular grandeza. Y, en efecto, «su astuta simplicidad, su amabilidad, su espontaneidad, su famosa mirada "cándida", sus buenas palabras, el pintoresquismo de su persona y de su atuendo y, desde luego, sus gestos hábiles» le han valido una aceptación general en cuantas reuniones, a nivel internacional, ha asistido. El triunfo de Ho Chi Minh se debe, entre otras cosas, a la constancia con que, en todo momento, ha afrontado los problemas de su pueblo. Acostumbrado a la inferioridad material —siempre en sus campañas se ha enfrentado con los colosos teóricamente superiores— ha adoptado una fórmula de filosófica consolación: la perseveración en los objetivos propuestos. Esta afirmación podríamos traducirla, según sus propias palabras, como la lucha del tigre y del elefante. «Si el tigre se detuviera un momento, el elefante le traspasaría con sus poderosas defensas. Pero el tigre no

se detendrá y el elefante morirá de agotamiento y hemorragia.»

Es lamentable que los occidentales, especialmente los políticos profesionales, no hayan conocido más a fondo la figura de venerable caudillo comunista —es obvio que admiramos la figura de Ho Chi Minh como hombre de probada honestidad, como caudillo, como estratega y, sobre todo, como político. No defendemos sus ideas, sino, por el contrario, el modo y forma con que, efectivamente, Ho Chi Minh cree en ellas y las sustenta—. Por consiguiente, queda una pregunta lanzada al aire que, justamente, demanda una respuesta: ¿Qué clase de hombre era? Con ocasión de su muerte alguien ha escrito, acaso más inspirado por la leyenda, la mitificación y la gloria que, evidentemente, por la realidad cotidiana, que Ho Chi Minh fue, antes que nada, un estilo político nuevo. ¿Es esto verdad?

Para el pueblo vietnamita no hay duda de que Ho Chi Minh era algo profundamente consustancial, indispensable, propio. No pocos comentaristas de política internacional dieron, en los últimos años de existencia del dirigente vietnamita, en hablar de que su papel era innegablemente pasivo, una vieja reliquia por la que el pueblo sentía suma veneración, pero que, en definitiva, pesaba ya muy poco en la hora de tomar nuevas decisiones políticas o sociales. Para estos comentaristas es especialmente revelador uno de los capítulos finales de la biografía de Lacouture en el que, precisamente, se refiere a las relaciones entre Ho Chi Minh y su pueblo. El pueblo le llamaba «padre» pero no en el sentido con que esta palabra es entendida entre nosotros. «Padre» consideran los vietnamitas a los que tienen para con ellos un «deber», una «obligación», un «compromiso» que cumplir. Ho Chi Minh era eso: la entrega total a su pueblo.

No es absolutamente errónea la consideración de que con Ho Chi Minh apa-

rece un «estilo político nuevo». Fundador, como es sabido, del partido comunista indochino es, ciertamente, un militante que se opone, desde los primeros pasos de la institución por él creada, al empleo de las fórmulas y modos propios del quehacer revolucionario soviético. «Quien tenga ocasión de acercarse a Ho Chi Minh —subraya el autor de este libro— y conversar con él, comprenderá que hayan podido surgir dudas respecto a su pertenencia a la "sociedad" comunista. En efecto, nadie utiliza menos que Ho Chi Minh eso que podríamos llamar "lenguaje de función", ese latín de misa del marxismo que desanima a quienes no lo emplean y que tanto ha contribuido al aspecto eclesiástico del comunismo de los años treinta, cuarenta y cincuenta.» Podemos, pues, llegar a la conclusión —si es que en torno de esta figura esto es posible— de que Ho Chi Minh nos sorprende, a decir verdad, más que por su talante, por la historia de su conducta como dirigente de la revolución vietnamita. Lenin habría comprendido la mayoría de sus cambios de rumbo, pero —subraya Lacouture—, acaso, nadie más.

Se ha dicho también de Ho Chi Minh que es el clásico «guerrillero» que sabe aprovechar la ocasión. El autor de estas páginas considera, sin embargo, que es cosa muy sencilla trazar la historia ideológica de la organización revolucionaria de Ho Chi Minh. Su programa político es, no obstante, sumamente original: es el más nacionalista y el más internacionalista de todos los comunistas y la razón es clara. Ningún comunista ha realizado la revolución en su país con menos ayuda y menos cuadros extranjeros; ninguno de ellos, ni siquiera Mao, Tito o Castro, tienen tan pocas cuentas que rendir a nadie. Por otra parte, cosa que no es necesario discutir, los levantamientos que ha promovido y las guerras que ha dirigido están anclados en el mundo comunista e insertos en una coyuntura in-

ternacional. Puede pensarse, y en esto sí está de acuerdo Lacouture, que Ho Chi Minh tiene una mejor predisposición para la organización que para la creación de las estructuras esenciales de un pensamiento político.

Dedica Lacouture un amplio espacio al estudio de la intervención personal de Ho Chi Minh en la guerra del Vietnam. El tema es lo bastante delicado como para requerir un comentario más profundo y detenido del que, en un modesto comentario crítico, puede exponerse. Baste, pues, decir —opinión que sustenta el au-

tor de este libro— que Ho Chi Minh consideraba necesaria la guerra vietnamita y planteó a su pueblo, con su proverbial honestidad, los objetivos a conseguir; advirtiéndole, además, de los sacrificios y dolores que la guerra traería consigo. Los vietnamitas han sabido arropar la figura de Ho Chi Minh y constituir esa roca —la roca de Hanoi— donde se están estrellando máquinas, hombres y dinero. Podemos asegurar que no hay nada tendencioso en el libro de Lacouture, sino, lógicamente, un deseo de hallar la verdad.—J. M. N. DE C.

J. MORTIMER: *France and the African, 1944-1960. A political history.* Faber & Faber Ltd. Londres, 1969.

Comparados con sus congéneres, los países africanos de habla inglesa, es fácil advertir que los de habla francesa han sido objeto de un trato desigual. Junto a las extensas bibliografías de las antiguas colonias británicas, el material sobre el África francófona desmerece en número y en calidad. Excepción notable son, por supuesto, la obra fundamental de Mrs. Morgenthau, sobre partidos políticos en el África occidental francesa y el bello libro de Zolberg sobre la Costa del Marfil (Morgenthau y Ruth Schachter: *Political Parties in French-speaking West Africa*, London, Clarendon Press, 1964; Aristide Zolberg: *One-Party Government in Ivory Coast*, Princeton University Press, 1964). Pero, fuera de ellos, es difícil encontrar obras de la categoría de las de Coleman sobre la evolución del nacionalismo nigeriano o de Austin sobre la historia política de Ghana.

Es muy posible que esto se deba a la barrera de la lengua, que, aunque fácil de sobrepasar en lo que al lenguaje mismo se refiere, tiende a crear esferas de interés y, por tanto, de investigación, que no sólo encauzan los esfuerzos de

los estudiosos en direcciones concretas sino que a menudo los encierran en compartimientos estancos. El valioso esfuerzo de la ciencia política americana en el campo africanista, con sus incontables recursos de personal y financiación, contribuye también, en gran parte, a la concentración sobre el África de lengua inglesa. Hemos de hacer constar, sin embargo, en honor a la verdad, que entre los estudios más logrados sobre los países africanos de lengua francesa están los de la ciencia política americana.

*France and the Africans* tiende a remediar esta laguna, completando la escasa bibliografía disponible sobre la evolución de las antiguas colonias francesas de África a la independencia. Aunque siempre es un riesgo el generalizar, he pensado muchas veces que una de las virtudes fundamentales del investigador de estirpe anglosajona es su capacidad de síntesis. Mortimer, en la obra que comentamos, ha dado fe una vez más de esta virtud y conseguido condensar la compleja evolución de los territorios franceses del África ecuatorial y occidental, desde la Conferencia de Brazzaville a la adquisición de su «soberanía internacional».

por utilizar la expresión cara al general De Gaulle, a quien no parecía agradar el término de independencia.

Como obra de síntesis, *France and the Africans* será un buen instrumento de trabajo para el que quiera seguir los intrincados vericuetos de las relaciones franco-africanas de los últimos años. La misma presentación del libro le ayudará, encontrando los nombres propios escritos en negrita cuando aparecen por primera vez en el texto.

Por otra parte, como el mismo autor asegura en su prólogo, es una obra sin pretensiones, que quiere ser, ante todo, una historia política, exponiendo hechos que no buscan interpretar o analizar en un contexto más amplio. Esto, sin duda, puede parecer poco satisfactorio para el que trata de conocer el porqué del movimiento nacionalista y juzgar la posición tomada por los dirigentes africanos y franceses, respectivamente. Pero más sería nos parece la objeción que se puede hacer al autor de haberse basado demasiado en fuentes secundarias. Es cierto que la historia de estos años no podrá escribirse hasta que los documentos de los archivos oficiales y el material de los ficheros de los partidos y personalidades políticas pueda estar al alcance del investigador. No obstante nos parece que un mayor esfuerzo crítico en la estimación de los datos y en la interpretación de los hechos hubiera sido de rigor. Algunos capítulos especialmente, como el que relata el Congreso de Bamako, de 1957, o la sección dedicada al Congreso de Cotonou del P. R. A. (Parti du Rassemblement Africain) de 1958, están casi exclusivamente basados, como el autor honradamente advierte, en los relatos de Blanchet y Dugué, respectivamente. (André Blanchet: *L'itinéraire des partis africains depuis Bamako*, París, Plon, 1958; Gil Dugué: *Vers les Etats Unis*

*d'Afrique*, Dakar, Editions Lettres Africaines, 1960.)

Es fácil darse cuenta de la debilidad de estos capítulos cuando se los compara con otras partes de la obra donde el autor tuvo acceso a material de primera mano, como los papeles del *Doctor Aujoulat* o a conversaciones con los protagonistas de los hechos. Ha de tenerse también en cuenta que el autor se encuentra en terreno más familiar y más firme cuando relata los hechos desde el punto de vista francés que desde el punto de vista africano que hubiera sido quizá más interesante e incluso más valioso para la interpretación y el estudio de los acontecimientos.

En resumen, en un campo en el que tanto está aún por hacer, un libro como el de Mortimer ofrece una ayuda importante. La crítica que hemos hecho de su obra ha sido quizá más dura debido a que esperábamos más de ella. Sus defectos, por otra parte, pueden comprenderse por el hecho de que al carecer el Africa de habla francesa de profundos estudios de base regional en lo que se refiere a la evolución política del período preindependencia, toda obra de síntesis y conjunto deberá forzosamente resentirse de ello.

Es preciso alabar, por otra parte, la sinceridad y honradez intelectual del autor que ha precisado claramente los límites de su obra o justificado su deuda intelectual a trabajos como el de Ansprenger sobre el tema (Franz Ansprenger: *Politik im schwarzen Afrika*, Köln und Opladen, Westdeutscher Verlag, 1961). Comparado con otros autores que, bajo las fórmulas «desarrollo político, socialización o agregación política» no dan muchas veces sino una exposición periodística del *current affairs* la actitud de Mortimer es encomiable y ejemplar.

LUIS JOAQUÍN MUÑOZ.

## TEMAS HISPANOAMERICANOS

JOSÉ MIGUEL RUIZ MORALES: *La integración económica Iberoamericana*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1969: 110 págs.

No es preciso esforzarse mucho para poner de relieve la importancia del tema que justifica la presencia editorial del libro que comentamos. Los países de Iberoamérica piensan que, efectivamente, la solución más viable para sus problemas radica en la unidad política o, al menos, económica de los mismos. Pero, como ha escrito un eminente político de allende los mares, enunciar la unidad de Iberoamérica suena, para muchos, a fantasía o a inalcanzable anhelo. Sin embargo, tal vez no haya en el mundo de hoy un objetivo de tal dimensión cuyas condiciones previas estén mejor dispuestas. Falta, en verdad, únicamente el impulso.

La meta de la integración económica iberoamericana tropieza con obstáculos difíciles de vencer. Recordemos —recientemente ha insistido en esta cuestión el Instituto Interamericano de Estudios Jurídicos Internacionales (1)—, por ejemplo, que las complejas características de la vida económica moderna también contribuyen a que la cooperación internacional sea insuficiente. Muchos Estados se encuentran imposibilitados de proporcionar por sí solos las soluciones que requiere la comunidad nacional. La estrechez de los mercados, la escasez de capitales, el alto costo de las industrias, el pequeño poder consumidor y otros factores, determinan un estrangulamiento interno imposible de superar dentro de marcos exclusivamente nacionales. El Estado —y este es el caso de los países

iberoamericanos—, con el fin de lograr sus metas básicas, busca entonces su complementación con Estados de interés afin dentro de un marco regional. No se trata —conviene insistir en esto— ya de soluciones conjuntas que se aplican a ámbitos nacionales diferentes, sino más bien de soluciones comunes destinadas a producir sus efectos en un ámbito más amplio.

En todo caso, como es sabido, hoy por hoy, los países iberoamericanos no están en condiciones de financiar su propio desarrollo. Esto no quiere decir, por supuesto, que carecen de recursos naturales ni de recursos humanos, sino, por el contrario, carecen —y en este libro algo se nos dice— de los mecanismos económico-financieros aptos para defender el valor de su producción. Por consiguiente, en opinión de Ottocar Rosarios (2), no puede Iberoamérica acumular el capital indispensable para el impulso inicial que la saque de su actual estancamiento.

No todo el origen de los males iberoamericanos hay que ubicarlo en el campo de la simple sistematización económica dado que, quiérase o no —como un destacado profesor universitario ha escrito (3)—, la América latina de hoy presenta una situación compleja, generadora de injusticias, desórdenes y violencias. Aquí —subraya el autor citado— es evidente que el problema más

(2) OTTOCAR ROSARIOS: *América latina, veinte Repúblicas y una Nación*. Emecé Buenos Aires, 1966, 278 págs.

(3) GUILLERMO GALÁN: «El cambio político en la América latina». *Revista Javeriana*, núm. 356. Bogotá, julio 1969, páginas 37 y sigs.

(1) Instituto Interamericano de Estudios Jurídico Internacionales: *Derecho de la Integración Latinoamericana*. Ediciones Depalma. Buenos Aires, 1969, 1196 páginas.



agudo e importante es el del desarrollo: en una época en que la igualdad de los hombres es elemento fundamental de las ideologías nacionales e internacionales, el subdesarrollo expresa desigualdades intolerables en el campo moral y político.

Con cuanto antecede que, en verdad, pensamos que es muy poco dada la magnitud y profundidad del tema debatido, creemos que estamos en condiciones de comprender las principales tesis que el doctor Ruiz Morales defiende en su libro. Obra, entre otras cosas, modelo de prudencia, espíritu objetivo y sinceridad.

El autor de estas páginas no duda en afirmar, coincidiendo con el criterio de la mayor parte de los políticos, sociólogos, economistas y pensadores de allende los mares, que el fenómeno de la integración económica de Iberoamérica sigue gozando de una rabiosa actualidad. Aunque, en el fondo, el fenómeno integrador no es tan sorprendente como, por ejemplo, el de la pretendida integración europea en donde —escribe— los países iberoamericanos tienen un magnífico espejo en el que mirarse. Integración constituye, quiérase o no, un punto de arranque y, sobre todo, la palabra salvadora. Nadie, en efecto, piensa que sin integración pueda hacerse algo positivo. Y, además, integración significa —subraya el autor— el punto de partida desde un presente de miseria y de ignorancia hacia un próspero futuro basado en la equidad.

No es preciso, por demasiado sabido, detenernos en la descripción del problema del subdesarrollo iberoamericano. Recordemos, únicamente, que las comunidades iberoamericanas se caracterizan por sus economías de bajo ingreso y de escaso desarrollo industrial, monoproductoras de tipo semicolonial y de precaria estabilidad. Son sociedades rígidas, de escasa o ninguna movilidad, que ofrecen, en su estado actual, muy pocas ex-

pectativas de cambio para los hombres que las habitan. Tienen un crecimiento demográfico tan elevado que la nueva población presiona dramáticamente en busca de alimento, vivienda, educación y oportunidades de empleo, en margen muy superior a lo que puede ofrecerles su sistema económico deficiente, arcaico o con fuertes factores limitantes para el mejoramiento.

Pasa el doctor Ruiz Morales revista a cada uno de los principales intentos que se han llevado a cabo para mejorar las condiciones socioeconómicas de los pueblos iberoamericanos y subraya que la Alianza para el Progreso no ha producido los resultados que se esperaba al extremo de que, los hombres más significativos iberoamericanos, no dudan en manifestar públicamente sus opiniones culpando, en muchísimas ocasiones, a la citada alianza de impedir mucho más que de lograr la esperanzadora unidad. No es raro observar en las posiciones de los más altos dirigentes de Iberoamérica un gesto altivo al pensar que Iberoamérica puede, por sí misma, superar su actual estado de postración sin necesidad de recurrir a la ayuda de potencias extranjeras. En cuanto a la actuación de la Asociación Latino Americana de Libre Comercio (ALALC) sigue tropezando con el problema de siempre, a saber: que todos los países miembros están, en teoría, de acuerdo en que lo único que puede salvar a las débiles economías nacionales iberoamericanas en un mundo de supergigantes económicos es la formación de un sólido bloque regional de fronteras abiertas hacia adentro y cerradas en grado prudencial hacia afuera. Sin embargo, proponerlo es mucho más fácil que realizarlo.

A través de repetidos avances y retrocesos los países iberoamericanos han logrado, al menos, poner en marcha el gigantesco aparato de la integración. La integración, por supuesto, ha comenzado

a dejar sentir sus efectos en el campo económico. En síntesis, podríamos decir que se trata, de una parte, no sólo de procurar una reducción de las restricciones que afectan al intercambio y complementación recíproca, sino también la completa eliminación de dichas restricciones dentro del ámbito integrado. Por otro lado es claro que, opinión actualmente muy difundida, no debiera verse en la integración un fenómeno exclusivamente económico. También obedece a causas y produce efectos de naturaleza social y cultural, así como acentuadamente política.

Considera el doctor Ruiz Morales que no es conveniente exponer una conclusión sobre cuanto en estos momentos acontece en Iberoamérica y la razón es convincente: cada reunión de la ALALC suscita problemas tremendos, radicales cambios de rumbo, vertiginosos giros. Pero, en el fondo, esos nuevos problemas, esos cambios de rumbos y, sobre todo, esos vertiginosos giros nos están ofreciendo una imagen nueva, total y absoluta de unos pueblos que comienzan, después de largos años, a caminar con ilusión y arraigada fe hacia su futuro.—  
J. M. N. DE C.

CARLOS BELTRÁN: *Brasil: Tipos humanos y mestizaje*. Ed. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1970.

Brasil es hoy una descomunal paradoja de la cual apenas si se conocen —al menos en España— unas mínimas claves para su cabal comprensión. Los espectadores españoles han podido contemplar las bellas y agresivas imágenes de los dos filmes de Glauber Rocha que han llegado a nuestro país o leer las insólitas y barrocas descripciones del *serton* salidas de la brillante pluma de Guimaraes Rosa, pero, ciertamente, siempre hay como un vacío, siempre queda un espacio, una terrible oquedad entre ese Brasil retratado y una correcta interpretación de lo que en él acontece, de los residuos medievales que en él persisten. Los diarios ofrecen a menudo notas de agencia sobre la conflictiva situación que atraviesa el clero brasileño, o sobre las vicisitudes de la política del país. Todo ello no son, sin embargo, sino datos inconexos, de un fenómeno harto más complejo: el de la dramática realidad de un país que dotado de unas riquezas naturales envidiables vive una oscura existencia como nación subdesarrollada, incapaz de hallarse a sí misma, anclada en unas estructuras pretéritas y, forzosamen-

te, en vías de inexorable extinción. Glauber Rocha ha podido escribir, definiendo su cine, palabras tan duras como éstas: «Quiero mostrar que el Brasil es, sigue siendo, un país salvaje. Que el hecho de que en Copacabana haya muchos rascacielos, de que en Brasilia haya edificios modernísimos, no quiere decir nada. Que no somos "civilizados".»

Brasil es, pues, una desmesurada y desconocida paradoja. País joven (se calcula en un 43 por 100 el número de habitantes menores de quince años), de una extensión equivalente a la de toda Europa, vario y múltiple en paisaje, fauna y flora, y con un alto porcentaje de natalidad (43 por 100), sobrepasa con creces los 90 millones de almas. El Brasil produce el 40 por 100 del café que se consume en el mundo; es, asimismo, el tercer productor mundial de cacao, azúcar y maíz; el cuarto de algodón; el octavo de arroz... Pero lo cierto es que al lado de este ingente potencial de recursos la estructura social y económica del país es típicamente preindustrial y casi la mitad de su población activa se halla absorbida por el agro. Este indi-

ador resulta incontestable y, como términos de comparación, diremos que se calcula que en toda la Europa de comienzos de siglo más del 50 por 100 de la población activa había abandonado el sector primario. Las consecuencias de tal estructura socioeconómica son de decisiva importancia: apenas si existe clase media real y el 50,9 por 100 de tierra cultivable se halla en manos del 1,6 por 100 de la población. Todos los intentos de reforma agraria (asusta pensar que el número frustrado de ellos se eleva a doscientos, de los cuales cincuenta y ocho se han fraguado en los últimos doce años) chocan con un muro de dificultades tan espeso que ningún Gobierno ha logrado salir airoso de la aventura. Pero, además, las riquezas se encuentran geográficamente mal distribuidas y en la zona del nordeste el fantasma del hambre se cierne como una cotidiana y patética realidad. Josué de Castro, uno de los brasileños más lúcidos, ha denunciado con incuestionables datos la insostenible situación del nordeste. «Yo nací en Recife, en el nordeste del Brasil, declaraba en 1964 a la revista *Índice*, su zona más subdesarrollada: una tercera parte de la población, veintitrés millones de seres humanos, viven en ella miserablemente. Su renta es apenas el 13 por 100 de la renta nacional. Y en el mismo Recife 200.000 hombres viven en condiciones horribles.»

Bien. Los datos pueden espigarse a poco que cualquiera se moleste en cualquier estudio global serio sobre el problema iberoamericano. Pero, ¿qué hay por debajo de esa hiriente realidad que es hoy el Brasil? ¿Qué gentes habitan sus tierras inmensas? ¿Qué extraños vínculos les une a su pasado? ¿Cuáles son sus costumbres? Tales preguntas pueden inscribirse en el ámbito del conocimiento de «nuestros contemporáneos primitivos», según reza el feliz título del libro de Murdock. En este ámbito, en

cierto modo, ha de incluirse el presente libro pulcramente editado por Cultura Hispánica: *Brasil: Tipos humanos y mestizaje*.

El autor es un agustino de cincuenta y cuatro años que ha vivido diecisiete en tierras brasileñas y que escribe lo que ha visto, aquello que ha herido su retina, con un amor y una ternura en ocasiones apasionada e inobjetiva. El libro no es un libro de viajes al uso, porque Carlos Beltrán no se ha apresurado a contar, como tantos otros, sus impresiones de quince abultados días turísticos. No es, tampoco, un estudio antropológico serio y riguroso sobre la realidad humana del Brasil ni, mucho menos, un análisis científico de los problemas sociales, políticos, económicos o culturales brasileños. Apenas si contiene cifras de interés y su aparato crítico es mínimo, y, además, extrínseco, al parecer, a las intenciones del autor. ¿Qué ha pretendido, pues, decir Carlos Beltrán en su libro?

Se hace, desde un principio, sumamente difícil etiquetar el presente trabajo con uno cualquiera de los rótulos genéricos comunes. Libro heterogéneo, se trata, más bien, de un conjunto de anotaciones de vario calibre y sobre temática plural: incursiones en la literatura, en la historia, en la antropología vertebradas sólo por su común vinculación a Brasil pero cuyo interés, sin embargo, desborda la mera narración costumbrista. La parte más endeble del libro reside, a nuestro modo de ver, en lo que tiene de diagnóstico sobre el endémico mal brasileño y, por el contrario, su vertiente más feliz, lograda y sustanciosa estriba en su capacidad inducible para sumergirnos con él en el pasado que aún pervive, en la herencia que gravita sobre estos brasileños de la segunda mitad del siglo XX. Así, las vívidas descripciones del fazendeiro, auténtico y poderoso señor feudal que vive

aislado del mundo en su fazenda, inmenso territorio comparable en extensión a veces a todo Portugal; la vida mítica del hoy desaparecido cangaçeiro, ese hombre mezcla de brutalidad y desprendimiento que se levanta airado contra el poder del feudalismo; la espectacularidad sustancial de las costumbres brasileñas capaces de convertir todo en enfebrecido ritmo; las imágenes cotidianas de los indios selváticos...

El libro, como su mismo título advierte, se halla estructurado en dos bien diferenciadas partes. La primera, que ocupa los dos tercios de las páginas, abarca una amplia gama temática: los tipos y su entorno, la naturaleza física, la fauna y la flora, la vida de la jungla y, por último, la situación e historia de los negros en el Brasil, capítulo éste, sin duda, decisivo en el decurso de la historia toda del país. Se narran en él las peripecias que llevan hasta la promulgación de la célebre Ley Áurea, de 13 de mayo de 1888, que abolía la esclavitud en todos los territorios, así como la proclamación, dieciocho meses más tarde, de la República dos Estados Unidos do Brasil. El imperio caía, abandonado tras la Ley Áurea por todos los terratenientes que habían constituido hasta entonces su más firme y sólido pilar.

La segunda parte del libro analiza el curioso fenómeno del mestizaje brasileño. Constituye, sin duda, la sección más interesante del estudio por cuanto hoy Brasil es un auténtico crisol (*meltingpot*) donde convive una extensa variedad de razas y subrazas. Según los datos que aporta Beltrán la población brasileña actual puede ser dividida, de acuerdo a su origen, de la siguiente forma: un 60 por 100 de europeos o hijos de europeos, un 20 por 100 de mestizos, un 10 por 100 de africanos, un 9 por 100 de indios aborígenes y, por último, un 1 por 100 de origen asiático. Pero, como afirma Beltrán, históricamente cabe hablar de dos grandes mestizajes: el mameleuco (cruce de blanco e indio) y el mulato (cruce de blanco y negro); el tercer mestizaje es, en rigor, menos importante y de él procederían los llamados «cafusos» o «caribocas» (cruce de indio y negro).

Carlos Beltrán escribe con una prosa bastante cuidada, siempre elegante y a veces poética. Ello, ciertamente, facilita la lectura de este libro heterogéneo y ameno en el que un agustino español muestra su innegable amor al Brasil, en cuyas tierras pasó diecisiete años de su vida entregado a las tareas pedagógicas. MARCOS SANZ AGÜERO.

DANIEL GUERIN: *La descolonización del negro americano*. Editorial Tecnos. Madrid, 1968; 231 págs.

El problema de la discriminación racial norteamericana ha originado una extensa e importante bibliografía. El autor de este libro, auténtico especialista de la materia, ha dedicado al estudio de este tema varios trabajos. El que ahora comentamos no solamente es el más profundo, sino, a la vez, el más sincero. Daniel Guerin, efectivamente, ha convivido en la mayor parte de los medios negros, por eso, precisamente, estas pá-

ginas son algo más que un reportaje periodístico, algo más que una crónica y algo más que un ensayo de contenido político.

Para comprender todo lo que el autor ha querido plasmar en su libro es preciso, cuando menos, partir de un hecho: que, en rigor, no se conoce —o muy superficialmente— la causa o razón de la incomprensible y dramática discriminación racial norteamericana. Nada tie-

ne, pues, de extraño que el político, el jurista, el sociólogo o el periodista que desee penetrar en el enigma del tema tenga, imperativamente, que vivir personalmente esa experiencia. Hoy por hoy, sabido es, constituye el único y más directo camino para llegar al conocimiento del poder de dominación de una clase social sobre otra.

No pretendemos negar, dada la afirmación que antecede, el meritorio esfuerzo que para poner en claro el problema de la discriminación racial viene, desde hace bastante tiempo, realizando la mayor parte de las denominadas ciencias sociales. Han sido, evidentemente, las ciencias sociales americanas las que más han avanzado en el estudio de los problemas citados y ello se debe a que para la sociedad norteamericana comunismo y discriminación integran los dos problemas fundamentales que exigen una inmediata, eficaz y decisiva solución. Recuérdese, entre otras cosas, que el problema racial tiene vigencia desde hace mucho tiempo como, por ejemplo, lo demuestra un somero examen que se realizó sobre la célebre guerra de Secesión (1861-1865) que ciertamente, aspiraba ya en aquel entonces a una solución militar de las relaciones entre los negros y blancos.

El autor de este libro enjuicia el tema de la discriminación racial desde una sugestiva perspectiva: su impacto internacional. Hasta hace poco podía sostenerse que el problema de las minorías era sólo un problema acuciante en la sociedad norteamericana. Hoy, claro está, la situación ha cambiado sensiblemente y el tema de los prejuicios sociales parece haberse extendido a la mayor parte de los continentes. Así, para nadie es un secreto, el nacionalismo europeo, esto es, el sentimiento de superioridad nacional, presenta —como ha escrito Peter Heintz— rasgos afines a los prejuicios étnicos y raciales y que en Europa, cosa

que ocurre menos en los Estados Unidos, las relaciones entre las distintas clases sociales, sobre todo en lo que se refiere a las ideas sociales sobre las formas de conducta supuestamente típicas de la clase superior y de la inferior, se siguen viendo turbadas por pertinaces prejuicios, que en ciertos rasgos parecen obedecer a los mismos mecanismos que los prejuicios étnicos y raciales norteamericanos.

Una de las más importantes conclusiones a la que llega Daniel Guérin —conclusión que pone nítidamente ante nosotros la dimensión del problema— es, justamente, la de que las murallas de la segregación no se derriban por sí mismas. No caen —escribe— automáticamente. No ceden por medio de llamamientos a la «buena voluntad», al «amor» y a la «humanidad» de la pretendida raza superior. Si se resquebrajan y crujen por todas partes es porque el *colored* se ha decidido, por último, a valerse de un ariete para abatirlas. El negro reformista de ayer no es tenido en menos consideración que el «tío Tom» sometido de anteayer. Ante el estupor de los blancos, sacados de su comfortable letargo, ha nacido un nuevo negro, un negro agresivo. James Baldwin —subraya Daniel Guérin— observa que el color negro, en otro tiempo maldito, se ha convertido en un color magnífico no porque sea amado, sino porque es temido, y que el afroamericano ha descubierto un arma nueva, de una eficacia formidable: el poder de la intimidación.

Ocurre también el fenómeno contrario de la tesis del autor cuyo libro comentamos, a saber: que el reconocimiento de la superioridad blanca puede llevar a veces también a que el negro —según considera Peter Heintz— se refleje en la idea llena de prejuicios que el blanco posee de él y a que se dé por satisfecho con el *status* de una clase social más baja que le ha adjudicado la mayoría blanca.

Estó se puedé observar preferentemente en las capas inferiores de la sociedad negra norteamericana y, por cierto, más en el Sur que en el Norte.

Otro de los puntos de vista que Daniel Guerin sostiene en su libro es el de que la «descolonización» en Estados Unidos puede tomar, ciertamente, vías divergentes. Según que los blancos se enmienden o se obstinen, conducirá a la integración o a la separación, o incluso la «separación» tomaría la forma no de una escisión territorial o de un éxodo, sino de una ruptura de clases, de un divorcio

con el capitalismo y el imperialismo americanos: el negro, a la búsqueda desesperada de una patria, la hallaría, por último, en la esperanza de una América socialista. Hoy, concluye el autor, no existe nadie capaz de describir este futuro.

He aquí, pues, un excelente libro que nos conduce al conocimiento sincero y directo de algunos de los porqués de la protesta negra. Un libro que es algo más que un texto de contenido político, económico o social, es decir, un documento humano.—J. M. N. DE C.

## HISTORIA

JOHANN HELLWEGE: *Die spanischen Provinzialmilizen im 18. Jahrhundert*. Harald Boldt Verlag, Boppard am Rhein, 1969; 471 págs.

Aparece esta obra, especialmente interesante para los historiadores españoles bajo los auspicios del departamento de investigación de historia militar. Hay que mencionar, asimismo, como hace el propio autor, que el inspirador del estudio ha sido el ilustre hispanista Richard Konetzke.

La obra supone un concienzudo trabajo de archivo que el autor ha llevado a cabo en diversas localidades españolas, y su importancia, dada la seriedad con que se ha realizado y el estado de la historiografía española, apenas necesita ser mencionada.

Comparativamente, el estudio comienza exponiendo las conexiones de la situación española de la época con el contexto general europeo. El limitado sector escogido —las milicias provinciales— se inserta, pues, con su especial problemática en ese amplio escenario. El tema tiene, empero, por otra parte, la mayor importancia para iluminar el siglo XIX y nuestra propia época. En efecto, «el influjo que ejerció el Ejército perma-

nente sobre el Estado, la economía y la sociedad en la época del absolutismo» no puede serle atribuido de la misma manera a las milicias provinciales cuyas consecuencias son de otro orden: «sin la habituación de la masa del pueblo, el sistema de reclutamiento de las milicias provinciales, especialmente como una "preforma de deber militar"... no resulta imaginable el Ejército permanente del siglo XIX» como diferente de los Ejércitos permanentes del absolutismo. «Las milicias regionales constituyen como un precedente del Ejército de reserva» de la época que tanta importancia tienen desde el punto de vista de la organización militar.

En España el proceso de constitución de esas milicias se inició con algún retraso respecto a Europa, a partir de la reforma de 1734 (Ordenanza de 31 de enero, cuyo estudio —precedentes, origen y gestación— ocupa dos capítulos del libro). Se crearon en ese momento aproximadamente treinta y tres Regimientos

que adquirieron carta de naturaleza bajo el nombre consagrado desde entonces de Milicias provinciales.

Estas pronto fueron elogiadas por observadores extranjeros al punto de que no dudaron en considerarlas como las mejor organizadas de Europa, criterio que se mantuvo, en líneas generales, en el siglo XIX, a cuyo efecto cita el autor los testimonios de destacados militares españoles imparciales.

En suma, esas milicias constituyeron un importantísimo factor en el levanta-

tamiento contra Napoleón, de modo que «sin ellas permanecería ininteligible la rápida organización de las guerrillas».

Se trata, pues, de una obra que por vez primera, probablemente, considera de forma sistemática y con rigor crítico al nivel de la historiografía actual un tema de la mayor trascendencia para la comprensión de la moderna historia de España. Nos permitimos recomendarla de modo singular a los cada vez más numerosos interesados en la historia de nuestro siglo XIX.—D. N.

MADELEINE FOISIL: *La révolte des nu-pieds et les révoltes normandes de 1639*. P. U. F. Paris, 1970; 368 págs.

Porchnev, en su obra *Les soulèvements populaires en France de 1623 à 1648*, estableció la lista de los motines y revueltas que casi sin tregua tuvieron lugar en diferentes regiones y ciudades durante el reinado de Luis XIII, debidas, generalmente, al aumento de los impuestos, la llegada de algún arrendatario de contribuciones públicas o la aparición de necesidades nuevas a causa del casi también permanente estado de guerra. Entre ellas, ciertamente, una de las más notables fue la de los pies desnudos de 1639, tanto por su envergadura como por la resonancia que tuvieron las sanciones adoptadas para reprimirla.

El tema ya ha sido abordado, ciertamente, desde el siglo XVII, bien en obras generales, bien en estudios particulares. La autora del presente libro intenta, pues, en parte, una puesta al día, pero va mucho más lejos.

En efecto, la literatura anterior es tomada en consideración, pero para reelaborarla conforme a nuevos métodos y ampliando la investigación de nuevos datos. Comienza así la obra, precisamente, con una expresión sumaria de los estudios sobre la materia, siguiendo una exposición de las fuentes utilizadas y la

recopilación de la bibliografía sobre la misma.

Divídese después en tres partes sistemáticamente ordenadas. Versa la primera acerca de las condiciones de la revuelta; la segunda, estudia el proceso de desarrollo de la misma, y la tercera, se ocupa de la represión subsecuente. En cuanto a las estructuras de cada una de esas partes es como sigue.

En la primera se trata fundamentalmente del efecto de la guerra de Normandía, cuya inmediata consecuencia fue el envío de comisarios seguido del aumento de los impuestos y de empleos burocráticos acompañado de levas y del alojamiento forzoso de militares. Estos hechos concretos que forman parte directa del proceso centralizador, se asientan sobre diversos condicionamientos como la peste, y tienen que ver con una serie de problemas económicos. Todo ello da lugar a «micro-revueltas» y determina las causas inmediatas de la rebelión, la cual se detalla en la segunda parte.

Se expone en primer término su cronología y, a continuación, su desarrollo en la baja Normandía, en Rouen y en

Caen. En la tercera parte, como conclusión, se considera, según se indicó antes, la forma en que se llevó a cabo la represión. Se estudian la diversas misiones extraordinarias, los juicios movidos para la condena de los sediciosos, las sanciones contra las ciudades y contra los empleos burocráticos. Especial interés ofrece aquí la disminución de los poderes del parlamento normando como parte de un fenómeno generalizado, cuyo último acto puede afirmarse que es el que provoca la revolución en 1789. La autora, precisamente, concluye que la revuelta no tuvo como móvil el cambio de las condiciones, sino, al contrario, el deseo de mantenerlas. Se trataba de oponerse a los cambios que fatalmente introducía la tendencia centralizadora de la monarquía, cambios, quizá, inconscientemente realizados, sin un propósito concreto, pero inexorablemente impuestos por la fuerza de las cosas. Consti-

túa, pues, más que otra cosa, una sublección de signo conservador cuando lo revolucionario e innovador era la centralización. Es, pues, este un caso muy localizado de los movimientos populares antiabsolutistas que sólo llegan a triunfar en Inglaterra, donde, por eso, no hay propiamente una solución de continuidad con el pasado histórico.

El libro, enriquecido con índices de materias y de nombres, destaca por su claridad y su rigor metódico. Constituye un excelente ejemplo de cómo la sociología puede resultar extremadamente útil al historiador. Por otra parte, es una excelente muestra del método de Mousnier, a cuya escuela pertenece la autora. Los sucesos desfilan ante el lector como en una película. Allí las ideas determinan las conductas, pero los móviles de las acciones humanas, hallanse a su vez condicionados por la situación.—D. N.

ROLAND MOUSNIER: *Le Conseil du Roi de Louis XII à la Révolution*. P. U. F. Paris, 1970; 378 págs.

Esta obra constituye un resultado ejemplar del trabajo realizado en el seminario que Mousnier dirige en el Centro de investigaciones sobre la civilización europea vinculado a la Sorbonne. Es una excelente muestra de los métodos del ilustre historiador francés, el cual conjuga a la perfección los resultados de la sociología con los intereses de la historia, aquélla al servicio de ésta a la manera que pretendía Gurvitch, cuando se trata de hacer historia (y al revés cuando lo que se quiere es hacer sociología).

El tema elegido esta vez, el Consejo Real, resulta para el historiador de hoy uno de los más explicativos del proceso moderno europeo. Caracterizada la época moderna por el progresivo desarrollo del asbolutismo, no cabe duda que el

punto neurálgico de aquél ha de ser precisamente esa institución cuyo análisis debe conducir a la comprensión abarcadora de los cambios de estructuras, de funciones, de relaciones sociales.

Como se dice en la primera línea del libro «el consejo de Estado constituye el gran instrumento del Rey para gobernar su reino. Participa, pues, de la omniscencia y de la omnipotencia del Soberano, que concentra en su persona todos los poderes que hemos adquirido la costumbre de distinguir: el legislativo, el ejecutivo y el judicial. En principio, existe sólo un consejo cuyos miembros escoge el Rey a su capricho y que no se relaciona ni actúa más que con la persona del Rey, pues constituye —continúa citando el autor— el órgano en cuyo seno aquél ilustra su acción y



al cual declara su voluntad». El Consejo de Estado es, pues, el embrión de la moderna administración, y aun más: el modelo o, mejor dicho, el origen concreto de corrientes ideológicas modernas.

El Consejo de Estado, poco a poco, durante el período aquí considerado, se va descomponiendo en dos clases: consejos reales y consejeros del Rey. «Por una parte existe un consejo o consejo de gobierno; por otra, los consejos de justicia y de administración.» Estos últimos tienen una situación menos activa en el sentido de más burocratizada y, por lo mismo, poco a poco, más distante del Rey. En cambio, el primero, el Consejo del Rey o real, propiamente dicho, es aquel en cuyo seno se toman las decisiones políticas de modo que «a cada cambio un poco brusco de la política real, la mayor parte del personal de los consejos de gobierno cambiaba». mientras «el de los consejos de justicia y administración era mucho más estable». De ahí que el estudio de esos consejos, pero, sobre todo, el de este último, permita esclarecer qué fuerzas sociales, según la índole de su composición, influyen en las decisiones del poder central. Así no sólo resulta posible el acceso a la comprensión de las razones últimas del cambio político, sino que se puede entrever cuál sea la verdadera realidad estructural. Las estructuras pueden verse así como en una radiografía a través de los individuos que constituyen en cada momento el consejo, a través de sus ideas y según su extracción social. Al mismo tiempo, los cambios en la composición del mismo dejan entrever la *marcha* real de los procesos. La dinámica histórica puede ser abarcada en una relativamente pequeña, aunque complicada, muestra. Trátase, pues, de estudiar no tanto la institución en abstracto como las intenciones de los hombres que la animan.

Esos obedecen empero a unos condicionamientos que en alguna medida determinan aquéllas, pero la verdad es que las decisiones que resultan también pueden influir sobre las estructuras y determinar su orientación. No son así las instituciones las que imponen su peso en los acontecimientos, sino la vida real la que se pretende aprehender como determinando el modo de producirse aquéllas. El destino histórico fluye, pues, de la vida social misma.

Creo que esa es la manera más breve, aunque muy imprecisa, de resumir el método de Mousnier, el cual ayudará a comprender una transcripción del plan de la obra fruto de la colaboración de los componentes del seminario.

Aquella se divide en dos libros. El primero constituye un estudio de conjunto sobre los cuerpos de consejeros y empleados, precedido de una exposición de la situación económica de la función pública en Francia. Sigue la de los miembros del Consejo real: los consejeros y relatores bajo Francisco I y después de la Fronda, estableciendo así una continuidad. El libro segundo se ocupa ya de personajes individuales, «ejemplares» —se podría decir, de muestras-tipo—, a los efectos de comprensión del tema: cancilleres como Boucherot, secretarios de Estado como los Colbert, consejeros como Guillart, relatores, en fin, como el famoso Guillermo Budé.

Resulta así como una película de las transformaciones internas del Consejo. En su composición, en el origen de sus miembros, sus cambios de fortuna y posición. Pero, muy especialmente, resalta, cómo paulatinamente surge, un grupo social autónomo creado por el Estado independientemente de su origen social. Es aquel quien ha alimentado el órgano político mediante el cual expresa sus deseos.—D. N.

## RELIGION

PADRE LOMBARDI: *Para vivir el Concilio*. Ejercitaciones para la comunidad cristiana. Traducción de la 2.<sup>a</sup> edición italiana (revisada) por Isidoro MARTÍN. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1970; 588 págs.

El Concilio Vaticano II ha sido felizmente considerado, y así pasará a la historia, como uno de los hechos más trascendentales de nuestro siglo y cuya memoria perdurará (como perduran vivos los anteriores Concilios) porque las numerosas publicaciones —libros, artículos, reuniones, conferencias y hasta animadas polémicas sobre su contenido— irán prolongando en el futuro su permanente actualidad, y porque las realizaciones de las reformas estructurales que su doctrina comporta, ahí quedarán como «fruto» del Concilio.

Pero se lamenta ya el P. Lombardi en el *Prefacio* del libro de que «el aspecto menos desarrollado es la preocupación encaminada a lograr la reforma de las conciencias, tal como el Concilio la quiere y presupuesto de todo cambio eficaz en su línea». En efecto, se han producido cambios espectaculares en algunos aspectos (por ejemplo, en la liturgia y algunas otras exterioridades), pero la auténtica reforma, imprescindible para que las demás no respondan sólo a meras apariencias, es la de las conciencias, la de una auténtica conversión, en el sentido deseado por el Concilio. Que no se asocie tanto el concepto de Concilio con el de discusión e innovación como con el «de nueva conversión a Dios»; si ésta se olvidase, el propio Concilio acabaría en el vacío.

*Vivir el Concilio* es vivir el misterio de la Iglesia al que todo el Concilio se ha dedicado, y no se pueden vivir uno y otro sin una conversión íntima. Se trata esencialmente, como expresa el propio Concilio, de superar una moral demasiado individualista por una ética mu-

cho más comunitaria: poner el bien común en el lugar del bien propio; superar el egoísmo que el Concilio denuncia, hacernos «hombres nuevos» si queremos poner en práctica el espíritu y las directrices conciliares: vivir y servir como hermanos el amor cristiano y el bien general de la Iglesia. En otros términos, que el Concilio y sus exigencias no sólo se conozcan en teoría, sino que sean vividos en la práctica.

Esto es lo que pretende el libro del apostólico e incansable P. Lombardi: «convertir» en orden al espíritu conciliar, en la medida de instrucción indispensable sobre lo que este hecho significa; ver claro y experimentar de algún modo y decidirse firmemente a la aplicación conciliar, y no sólo aislada e individualmente, sino vivirlo en comunidad cristiana.

El mismo autor publicó sus conocidas y celebradas *Ejercitaciones para un mundo mejor*, practicadas durante muchos años con este nombre. El libro que ahora presentamos, semejante y, al mismo tiempo, diverso de las *Ejercitaciones* precedentes, lo titula *Ejercitaciones para la comunidad cristiana* a la luz del Concilio Vaticano II. El libro es nuevo y, a la vez, parcialmente antiguo, como una serie de temas conforme a los cuales *ejercitarse* intensamente. Es un auténtico retiro espiritual, hecho en común y para el bien común.

El libro consta de tres partes. La primera o «meditaciones comunitarias del primer tiempo» está dedicada a plantear en su naturaleza y urgencia un movimiento general de renovación del pueblo de Dios, para luego obtener de él

una renovación general de la humanidad, esto es: movimiento para la comunidad cristiana y por un mundo mejor. Aquí las meditaciones están ordenadas mediante una primera demostración fundamentalmente teológica con argumentaciones teológica, histórica y de autoridad (cuyo estudio son contenido de otras tantas secciones). La segunda parte, enteramente nueva como tal, tiene como título «Empleo posconciliar de las ejercitaciones», y en ella reúne textos del último Concilio, «para hacer explícitamente del curso un tratado o instrumento ascético, encaminado a la aplicación vital de aquél». Aquí únicamente se hace referencia a las meditaciones comunitarias, ya que el autor considera que las individuales no parecen necesitadas de actualización posconciliar. Pero más que un curso *sobre el Concilio*, se trata de un curso *para la realización* del Concilio. Por último, la tercera parte explica el *método de las ejercitaciones*, buscan-

do la utilidad para su finalidad. Aquí el P. Lombardi recoge la magnífica experiencia de miles de cursos dados por él en casi todas las partes del mundo, subrayando, claro es, la influencia ecuménica del Concilio.

En resumen —dice el propio autor—, las tres partes del libro tienen fisonomía distinta y, con distintos matices, vuelven, no raras veces, sobre las mismas ideas. La primera parte dice lo *esencial* del curso con un modo de desarrollo eminentemente escriturístico; la segunda, lo *transitorio*; la tercera, lo *externo*.

Un libro —terminamos nosotros— que es imprescindible si no queremos que el celebrado y memorable Concilio Vaticano II se quede, para cada uno de nosotros y para la comunidad cristiana y la humanidad toda, en una mera teoría sin realización práctica, sin ser *vivido*, que es, precisamente, lo que el Concilio se ha propuesto.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

THEODOR STROHM: *Kirche und Demokratischer Sozialismus. Studien zur Theorie und Praxis politischer Kommunikation*. Chr. Kaiser Verlag. München, 1968: 203 págs.

La existencia de seres humanos que trabajan bajo las condiciones del sistema capitalista e incluso éste en sí mismo, se imponen a la teología y a la Iglesia como asunto sistemáticamente cuestionable. Mas, desde 1948 la realidad es que, en confrontación con la teoría marxista —refiérese el autor, sobre todo, a Alemania— es poco lo que puede decir la Iglesia evangélica, si bien desde aquel año se desenvuelve el movimiento de carácter reformista suscitado en su seno. Justamente es en el contexto del orden interior, tanto como del externo de la comunidad política alemana donde resulta preciso plantear la cuestión de las relaciones Iglesia-socialismo democrático. La problemática resulta

diferente de la de la Iglesia católica, la cual, según el autor, impide que ésta se haga cuestión de una aproximación a la socialdemocracia, ya que existe definida una política católica con principios acerca de materias económicas, sociales y culturales, mientras que el protestantismo se ha acostumbrado a dejar libres tanto las llamadas funciones estatales como la formación de partidos.

Precisamente en esto reside la necesidad del protestantismo de fomentar la libre controversia política, así como la posibilidad de establecer contactos con la socialdemocracia y de trabajar en orden a una revisión de las relaciones entre ambas. En este sentido se mueve la

intención del autor, el cual se ocupa del estado actual de las relaciones entre esas dos fuerzas y de las diferentes etapas evolutivas, dentro de la Iglesia evangélica, respecto a la cuestión social, así como de las concepciones de la socialdemocracia en los mismos casos. La obra,

de interés especial para el lector alemán, se convierte así en una historia paralela de ambas facciones que acaba concretándose alrededor del programa de Gotha. Resultan de interés las breves exposiciones del pensamiento teológico-político de Karl Barth y de Paul Tillich.—D. N.

## E C O N O M I A

É. GIRALT, A. LÓPEZ PÉREZ CASADO, E. SOLER, J. PEIT, A. GARCÍA RIVA, E. BONO y A. GASOÓN: *L'estructura econòmica del país valencià*. Vol. I. Ed. L'Estel. Valencia, 1970; 324 págs.

La novedad del libro que comentamos, cuyo primer volumen es obra de la colaboración de ocho especialistas, reside en su enfoque global de los distintos aspectos de la economía valenciana, aspectos que, o bien habían quedado limitados hasta hoy a definir sectores muy concretos de la economía, o bien se reducían a ámbitos geográficos restringidos en exceso. Ello supone en los autores una labor de *revisión, verificación* y actualización de datos que es, por sí misma, valiosa. Sin duda, es este el primer intento de análisis conjunto de la estructura económica valenciana, intento que puede servir como punto de partida para estudios posteriores. Pero, habida cuenta de la ausencia de unos medios permanentes de estudio de la economía valenciana, los resultados de la investigación han superado las disponibilidades concretas abiertas al especialista. No cabe duda que, en un terreno como este, lo que realmente se necesita es, más que la aparición de *libros*, la creación de *medios* permanentes de estudio —o la potenciación de los ya existentes— que faciliten informes orientadores y que señalen, en su caso, las directrices de una buena política económica.

La obra se inicia con un estudio del profesor E. Giralt, catedrático de His-

toria contemporánea de la Universidad de Valencia, en el que se analizan los supuestos históricos de la economía valenciana. La inflexión histórica del siglo XIX es el indiscutible punto de arranque de la situación actual, tanto en el aspecto económico como en el sociológico; pero, al mismo tiempo, es este período «el gran desconocido de la historia valenciana». Poseemos más datos sobre ciertos momentos de la historia medieval y moderna que de esta etapa clave. El XIX plantea un aparente enigma: en su segundo tercio, la sociedad valenciana reúne las condiciones necesarias (mano de obra, capitales, conocimientos técnicos, etc.) que en otras zonas habrán de posibilitar la revolución industrial. La misma expansión económica del siglo XVIII hacía suponer que esta revolución había de producirse. El fracaso de la industrialización será debido esencialmente a la detracción de grandes capitales, a favor de la agricultura. Las rentas del campo no serán invertidas en la industria, sino «reinvertidas» en el mismo campo (principalmente en el cultivo extensivo de la naranja). Ello origina el desfase de la economía valenciana respecto de otros centros industriales (Cataluña, Vascongadas), desfase que, como el profesor Giralt advierte, «es patente hacia

los años 70, y que durante las décadas sucesivas mantendrá predominante el aspecto rural del país».

A este ensayo, que constituye un ejemplo de claridad y concisión, le siguen diversos estudios referentes a las condiciones físicas (relieve, clima, vegetación, comarcas fisiográficas), de A. López Gómez; a la demografía, de R. Pérez Casado —uno de los mejor elabora-

dos del libro—; crédito y finanzas, de E. Soler; cajas de ahorros y cooperativas, de J. Petit; sector público, del mismo autor, y sector exterior, de A. García de la Riva; recursos energéticos, de E. Bono; aprovechamiento del agua, de A. Gascón, para terminar con un análisis del sector primario: agricultura (Pérez Casado), ganadería y pesca (A. Gascón).—NINYOLES.

CLARK KERR: *Marschall, Marx and Modern Times. The Multidimensional Society* Cambridge University Press. 1969; 138 págs.

En el presente libro, el economista Clark Kerr pone de relieve las diferencias y semejanzas entre los puntos de vista de Marschall y Marx. A pesar de partir ambos de radicales divergencias en sus postulados, existe entre ambos una identidad de objetivos: la sociedad sin clases. Eran optimistas no sólo en cuanto a la llegada de la sociedad sin clases, sino en la perfectibilidad de la naturaleza humana en una sociedad cada vez mejor. Para Marschall, un mejoramiento de la naturaleza humana constituía la causa y el efecto del orden social mejorado; para Marx era el efecto sólo y no la causa. Pero para ambos la naturaleza humana era claramente maleable y en favorable dirección. Lo que separaba radicalmente a ambos estribaba en el desacuerdo sobre el futuro del capitalismo. Marshall era generalmente optimista, y Marx, pesimista. Mientras el segundo consideró las relaciones entre las clases como un conflicto, el primero las vio más en términos de colaboración y sustitución por una serie de conflictos no insolubles entre grupos de intereses.

«Marschall —considera el autor— estaba más cercano de la verdad al tratar del conflicto de las clases. La colaboración entre las clases ha sido una consecuen-

cia del capitalismo avanzado, más que el conflicto entre ellas» (pág. 43).

Pero lo interesante de la pequeña obra que comentamos se encuentra en los capítulos sexto y siguientes, en los que se trata de comparar las profecías de Marschall y Marx, con lo que realmente ha sucedido en los tiempos actuales. El capitalismo, en su moderna forma, no fue previsto ni por Marx ni por Marschall. Ambos, por tener demasiado en cuenta al individuo o a la colectividad como un todo, olvidaron el rasgo más característico de la sociedad industrial actual: los grupos organizados, fruto de la moderna época industrial y tecnológica. Las sociedades actuales (de cualquier tipo) convergen hacia un pluralismo basado en planes y negociaciones de grupos; hacia varios e incluso muchos centros de poder y no uno sólo; hacia infinitas complejas mezclas de racionalidad e irracionalidad, moralidad e inmoralidad, principios y pragmatismos.

Kerr, señala, sin embargo, que aún subsisten diversas aplicaciones prácticas de este pluralismo de grupos organizados impuesto por la actual sociedad industrial. Así puede hablarse de un *pluralismo organizado*, cuando está más o menos mantenido su conjunto por una sola doctrina y liderazgo central (Yugos-

lavia); *pluralismo «managerial»*, cuya armonía obedece a la aceptación de una política y comunes intereses a la cual se adhieren los líderes administradores de las mayores entidades (Estados Unidos); *pluralismo liberal* cuando hay una conciencia y consistente esfuerzo por liberar los individuos de la dominación excesiva de los grupos, aunque aceptándose la absoluta necesidad de la organización de los grupos y cooperación entre ellos y *sindicalismo*, donde el grupo tiende a ser autónomo —y presumiblemente de estructura democrática— bajo una coercitiva autoridad central reducida (págs. 79-80).

El triunfo del pluralismo en la avanzada sociedad industrial es consecuencia de la lucha por los puestos de poder, de administración. Cuando la lucha era en torno a la «propiedad» cabía la posibilidad de llegarse a una última solución; pero en cuanto se refiere a la autoridad, como la autoridad, el poder, nunca puede ser mantenido igual para todos o es difícil que se consienta en que lo tenga un solo organismo, no hay una pura solución. La vieja lucha era conducida por Marx hacia la «propiedad», porque la propiedad determinaba el poder. La nueva lucha va dirigida contra la concentración del poder sin consideración a la propiedad: poder para fijar las reglas, fijar las recompensas, influir el estilo de vida. La vieja lucha se compadecía de los trabajadores ofreciéndoles un socialismo que los liberase del control capitalista y del Estado creado por ellos. La actual lucha se compadecía de los pobres administrados, organizados. Para ellos se pide libertad y participación en los grandes centros de Organización. «El comunismo cuando está fuera del Poder rechaza el capitalismo en el Poder, siendo

entonces los comunistas radicales. Ahora que el comunismo está en el Poder tiene que hacer frente al sindicalismo, que está fuera del Poder y el cual acusa al comunismo de reaccionario» (pág. 122).

El autor analiza detenidamente las acusaciones dirigidas al pluralismo. El acepta muchas de ellas, mas no ve modo alguno de reemplazar el sistema pluralista por uno que dé mayores resultados. No estamos ante un sistema que se ha determinado *a priori*, sino que, en gran parte ha sido impuesto por la misma realidad de la sociedad industrial, la cual es preciso compaginarla con la libertad individual, pero no reemplazarla por otra, so pena que neguemos el mismo progreso tecnológico. De muy diferentes maneras, el *pluralismo* aminora este control de los individuos por la organización, por el Poder: a través de la descentralización de las grandes organizaciones; diversificación de los esfuerzos entre las unidades independientes o en el seno de las grandes organizaciones; provisión de máxima libertad de elección de las organizaciones diversificadas; creciente oportunidad para la participación dentro de cada unidad; establecimiento de un máximo número de opciones.

Todo intento de mantener una estrecha «unidad» supone una postura conservadora, como es el caso de los partidos comunistas que se aferran a la «unidad», acción disciplinada, control central frente a un enemigo de clase. Los nuevos problemas de la industrial sociedad piden una mayor flexibilidad, individualidad. Los nuevos imperativos intentan «humanizar» las comunidades de trabajo, adaptarlas a las preferencias individuales.—A. E. G. D.-Ll.

## D E R E C H O

GERT KUMMEROW: *Perfiles jurídicos de los trasplantes en seres humanos*. Colección «Justitia et Jus». Sección Investigaciones núm. 4 Universidad de los Andes. Facultad de Derecho. Mérida (Venezuela), 1969; 71 págs.

Referido principalmente al Derecho positivo venezolano, con citas y referencias pertinentes a los Códigos de otros países, el presente libro del profesor Kummerow, de la Universidad Central de Venezuela, es una valiosa aportación al actual y apasionante problema de los trasplantes, cuyo aspecto jurídico es, sin duda, uno de los más interesantes y sobre el que, a falta de regulación especial, ha de acudir a las disposiciones generales de los Códigos civiles de los respectivos países. Por eso, es también este libro una contribución al Derecho comparado que, por cierto, apunta hacia una visible unidad en la solución de estos problemas, con lo que se facilita el esquema de una futura legislación sobre los trasplantes.

El problema es una derivación teórico-práctica del Derecho natural del hombre a la vida e integridad física que, como parte de la integridad de la personalidad, encuentra protección en los Códigos modernos. En la esfera de los derechos de la personalidad están los derechos sobre el cuerpo humano. Y los derechos sobre el cuerpo humano y sobre el cadáver interesan desde los ángulos concurrentes. Por una parte, en la medida en que el ordenamiento jurídico otorga al titular la posibilidad de poner en marcha los mecanismos procesales para mantener el deber de los demás de respetar la esencialidad o *modos de ser* de la persona. En este sentido, los derechos sobre el cuerpo humano son, todos, derechos subjetivos absolutos (entendido *erga omnes*). De otro lado, en la medida en que, como auxilio

positivo, se admita la disponibilidad limitada de algunas de sus manifestaciones peculiares y se otorgue, por tanto, a otros sujetos el poder de provocar un acto decisorio contra el titular, dada la hipótesis del incumplimiento del deber asumido. En este segundo aspecto interesa el carácter obligatorio y vinculante de los actos negociales, cuyo objeto sea el cumplimiento de obligaciones que limiten, restrinjan o pongan en juego de algún modo la integridad física.

Según Kummerow, es en este último campo donde han sido esgrimidos, principalmente, los criterios ideológicos y los argumentos de «típica factura metajurídica». Como los demás derechos humanos, el derecho sobre el propio cuerpo es, para esta postura, un derecho innato, esencial, soportado por la personalidad misma, e indisponible, porque el cuerpo carece de aptitud para satisfacer intereses económicos, carácter exclusivo de los bienes en sentido estricto. Pero esta perspectiva proviene, según el autor, de una «visión distorsionada del problema». Se parte de la afirmación indubitable de que el cuerpo humano no es objeto de un derecho propiedad semejante al dominio sobre las cosas del mundo exterior; y por ser el cuerpo algo extrapatrimonial, el ordenamiento jurídico prohíbe toda acción dirigida a obtener la ejecución específica de obligaciones que puedan afectar a la integridad psicossomática del titular, por interferencia de las nociones de orden público y buenas costumbres empeñados en la incolumidad física del individuo.

Sin embargo, en la práctica es numerosa la ejecución de prestaciones sobre

la persona física, cuya licitud es indiscutible (mutilaciones, etc.). Por eso, los problemas se relacionan con la eficacia de los actos jurídicos en los que el pretenso es un sujeto diferente del titular del derecho. En tal sentido, el derecho sobre la persona tiene un significado diverso del *derecho de la personalidad*. Los problemas, diferentes respecto a las convenciones que versen sobre los *modos de ser* de la persona, sobre las partes del cuerpo humano, o sobre el cuerpo sin vida del sujeto, revelan dos posturas básicas: a) Tales problemas no pueden recibir una respuesta única a modo de módulo solutivo. b) Los actos de disposición tienen, en principio, eficacia obligatoria, que se resuelve, en último término, en el resarcimiento de los daños, dada la conducta contraria al deber asumido en la relación jurídica.

El profesor venezolano G. Kummerow distingue los *actos de disposición sobre el cuerpo humano* y los *trasplantes de órganos tomados del cadáver*. Por lo que se refiera a los primeros, la doctrina actual se inclina por la disponibilidad de las partes separadas del cuerpo, porque constituyen *res in commercium*, bienes colocados bajo el dominio del sujeto de cuyo organismo fueron destacados. El negocio jurídico que coloque tales bienes en un patrimonio distinto es válido. Respecto de partes no separadas del cuerpo humano, también la doctrina se pronuncia a favor de la autonomía de los llamados «contratos corporales», que tienen matices diferenciales de los contratos atípicos y de los negocios jurídicos indirectos, siempre y cuando no se cause un daño *permanente* a la integridad física, y que el contenido del acto no sea contrario a las prohibiciones de la ley, el orden público o las buenas costumbres. El consentimiento del derecho-habiente hallará en esos límites y en las reglas morales consideradas básicas en el estado actual de la comunidad,

su más infranqueable obstáculo. El consentimiento del derecho-habiente configura un ingrediente fundamental en el terreno de la eficacia de las vinculaciones provenientes del acto negocial cuyo derivado final sea el atentado a la integridad física.

Respecto a los trasplantes de órganos tomados del cadáver, el primer problema es si las partes u órganos del cadáver se consideran *res extra commercium* o, por el contrario, «cosas parcialmente comerciables». De estas cuestiones depende la validez y el ámbito del poder de disposición. Al margen de las posturas que conducen a la aceptación de los actos dispositivos a título gratuito u oneroso cuando tienen lugar durante la vida de la persona (negocio sobre cosa futura), y a negarles validez, por el contrario, cuando dimanen de sus herederos, resulta en el estado actual de la doctrina —afirma Kummerow— el aserto conforme al cual la disponibilidad limitada es admitida y, por tanto, implícitamente se rechaza la tesis de la intangibilidad absoluta del cadáver. Por otra parte, es inconfundible con el poder dominical conferido al titular del derecho de propiedad y escapa a la normativa general a la que se subordina el patrimonio hereditario. Según esta posición, a falta de una voluntad expresada por la persona antes de la muerte, sus herederos están facultados para proveer la forma de la destinación normal del cadáver, pero no para colocarlo en el tráfico jurídico. Pero esta prohibición absoluta, obstructiva aun de los actos o negocios dirigidos a dedicar el cadáver a fines pedagógicos, o a autorizar la separación de órganos con fines terapéuticos, «violentaría —dice el autor— los resortes que sustentan la superposición de fines, en la medida en que el complejo de reglas éticas vigentes en una sociedad determinada desestime la inmo-



ralidad de las operaciones de trasplantes y juzgue útiles a la humanidad dedicar partes aprovechables del cadáver para salvar la vida o para restablecer el equilibrio de funciones orgánicas de los seres humanos». Por eso, «ni siquiera las teorías rabiosamente colocadas a la defensa de los sentimientos morales de las colectividades actuales niegan el poder de disposición del propio cadáver con fines científicos o terapéuticos». Y la cuestión de la prelación en la disposición queda liquidada al colocar, en primer término, la voluntad del derecho-habiente dada en vida y, en segundo plano, la de sus familiares (la extensión y grado de éstos varía en las distintas legislaciones). Sin embargo, a juicio del autor, debiera la ley delimitar, de modo preciso, el círculo de sujetos facultados para autorizar el retiro de órganos del cadáver cuando la persona no hubiese prestado en vida su consentimiento, y en orden de prelación aplicable ante el supuesto de oposición de algunos deudos. La manifestación de voluntad, expresada en vida, autorizando el retiro de órganos, privará, en todo

caso, sobre el parecer adverso de los familiares. Asimismo, si el interesado ha manifestado la voluntad de que el cadáver se le dé el destino normal, primará esta voluntad sobre la de los familiares —aun aquellos más próximos afectivamente al difunto— favorable al retiro de órganos para su trasplante.

Pero problema previo y fundamental en el trasplante de órganos de un cadáver, es el de la *constatación de la realidad de la muerte*, que corresponde, naturalmente, a los profesionales de la medicina, así como el de señalar el momento en que ha de hacerse la obtención de los órganos del cedente y su inserción en el receptor.

Un libro más este del profesor Kummerow sobre la constante bibliografía, toda ella reciente, de un problema tan apasionantes como es el de los trasplantes de órganos, y una aportación a su aspecto jurídico, sobre el cual queda aún mucho por decir, concretamente en las legislaciones positivas. Y, por supuesto, en el terreno científico y filosófico jurídico.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

## FILOSOFIA

PAULINO GARAGORRI: *Españoles razonantes*. Revista de Occidente. Madrid, 1969; 315 páginas.

Paulino Garagorri, profesor universitario y discípulo muy próximo de Ortega, es un escritor que no suele prodigarse en demasía. Es, pues, ejemplo envidiable del intelectual puro, profundo y sobriamente científico. Queremos decir con cuanto antecede que no es un hombre que escriba por el simple hecho de llenar páginas o por el prurito de que su nombre se escuche de continuo en el panorama de las letras hispanas, sino, por el contrario, por la necesidad de «decir» algo nuevo, original y, en la manera de lo posible, sorprendente. Co-

mo filósofo nos tiene acostumbrados, en sus libros y ensayos, a penetrar en lo más profundo de la existencia del hombre y en la intimidad de las cosas. Es, en cierto modo, un filósofo «vitalista». Dotado de curiosidad universal, no en vano fue discípulo de Ortega, sabe iluminar cuantos temas toca, y esta, por supuesto, es la constante principal de las páginas de las que, aquí y ahora, damos noticia.

Quien haya seguido de cerca su proceso de formación intelectual se sentirá agradablemente sorprendido por el sub-

título —«ejercicios intelectuales»— que el autor confiere a las páginas que comentamos. Cuando en el panorama filosófico español y europeo surgen tantas y tan increíbles figuras apócrifas en el campo concreto de la especulación filosófica no podemos, desde luego, dejar de notar cierta complacencia al encontrarnos con un auténtico pensador que, efectivamente, se esfuerza por engarzar el pasado con el presente. Para el filósofo no pasa el tiempo y todo ofrece una permanente actualidad, es decir, como si los hechos que cuentan tras de sí con infinidad de siglos acabasen de suceder y, consiguientemente, estuviesen a la vuelta de la esquina. Por lo tanto, quien penetre con sano espíritu en el contenido de este libro se podrá maravillar —la maravilla es cosa que apenas si ya sucede en nuestra época— de que, siendo tantos y tan variados los temas sobre los que el autor razona, no exista ningún contraste, ningún antagonismo y, en definitiva, si el fenómeno de una unidad temática. Y la razón es obvia: todos los temas que aborda el profesor Garagorri tienen por centro vital al hombre, y creemos que no es necesario insistir en esta cuestión, el hombre no pasa de actualidad.

Un comentario crítico sobre estas páginas puede resultar o extremadamente sencillo o profundamente complicado. Sencillo, a nuestro parecer, por la deliciosa claridad del pensamiento del doctor Garagorri, y complicado, por el propósito del crítico de ofrecer cumplida referencia del contenido del libro. Trataremos, por consiguiente, de quedarnos únicamente en la superficie del libro, a saber: con las ideas cuya exposición no nos impulsen a sobrepasar las fronteras del espacio disponible. Digamos, con cierta urgencia, que el autor nos invita a una sugestiva empresa: sacar del olvido a unos cuantos españoles egregios en su época y que, sin embargo, hoy perma-

necen olvidados —es el caso del pensador Antonio López de Vega, pensador dotado de un excepcional espíritu político y, sobre todo, de un hondo sentido de lo social—. Digamos, además, que el doctor Garagorri, lo mismo que los buenos pedagogos de principios de siglo, nos recomienda la repetida lectura de los autores «clásicos». Entendiendo, naturalmente, por autores «clásicos» las obras de aquellos intelectuales, no es preciso citar épocas ni fechas, cuyos trabajos leídos una y otra vez nos digan siempre «algo diferente». Justamente, nos dice el autor en su excelente ensayo sobre Cervantes, que hay obras que nacen muertas: el libro o el cuadro que a la primera lectura, en la primera y fugaz visión, nos «dice» todo lo que contiene y lo que nos repetirá si volvemos a prestarle la vida de nuestra atención. El clásico, por el contrario —subraya el profesor Garagorri—, suscita experiencias inagotables por que a cada nueva confrontación nos muestra inesperadas posibilidades que manan de sí mismo. Es decir, que parece un ser vivo, o, mejor dicho, resulta serlo.

Uno de los ensayos más atrayentes del libro, con ser todos de paritaria importancia, es el referente a los problemas contemporáneos de la Universidad. La importancia de este estudio queda justificada, a nuestro modesto parecer, por dos circunstancias esenciales: ser el autor un profesor universitario y, sobre todo, ser un cultivador de la filosofía pura. No sabríamos explicar, aquí y ahora, el porqué de nuestra fe ciega en los razonamientos que nos hacen los filósofos. Se nos ocurre pensar que, justamente, por una sola cosa: por el hecho de que la filosofía es una ciencia desapañada, serena y ecuánime.

Según el profesor Garagorri el problema de la Universidad puede ser estudiado desde tres perspectivas esenciales, a saber: la Universidad de masas, el

sistema de la enseñanza universitaria y, sobre todo, los pros y los contras que ofrecen las llamadas Universidades libres. El primero de los problemas, es decir, el referente a la Universidad de masas es, en realidad, un problema a escala planetaria. ¿Qué nos dice el autor al respecto? En primer lugar, solución fácil de exponer y muy difícil de hacer realidad, que hay que desmasificar a la Universidad. Hoy por hoy, esto parece imposible y, en todo caso, si no se consigue esa desmasificación habrá que inventar algún método, como nos dice muy bien el autor, para intentar, cuando menos, aleccionar a una muchedumbre —fuera, agregamos nosotros, del rigor de la disciplina militar o, pongamos por caso, del discurso del orador sagrado o político—. La nota, pues, esencial que caracteriza a la Universidad en general y, sobre todo, a la española en particular, consiste en el gran distanciamiento que existe entre quien imparte la enseñanza y quienes la reciben. La Universidad española se resiente, entre otras muchas cosas, de falta de intimidad. Y la intimidad, como es bien sabido, es imprescindible en la vida del hombre y en la vida burocrática de las grandes instituciones sean políticas, sociales o económicas.

Otro de los ensayos, contenidos en este libro, que dejarán profunda huella en el lector del mismo es el referente a las *razones del socialismo*, es decir, a las razones que mantienen en pie al socialismo en nuestros días. Para el doctor Ga-

ragorri es un hecho innegable que, en efecto, el socialismo impera de hecho y que, acaso, lo que logra mantener enhiesto esos principios no sea otra cosa que la tarea que el socialismo se ha impuesto de conseguir una moral más justa. La igualdad legal, subraya el autor de estas páginas, ha seguido al sentimiento de la igualdad moral. La idea de que una misma moral debe ser obedecida por todos ha sido en el curso de estos cambios —el autor piensa que ha sido un cambio ético lo que el socialismo ha provocado— previa a la noción de que los individuos deben ser iguales ante la Ley. El socialismo obedece, según el profesor Garagorri, a la convicción de que —dado el fundamento social, colectivo de los descubrimientos y los productos humanos—, es justo y se debe atender, en primer lugar, a la más amplia distribución del disfrute de ellos; la civilización, la cultura, son patrimonio de todos y, por el mero hecho de haber nacido en este mundo de ahora, cualquier hombre es tenido por forzoso y legítimo heredero de ese legado.

Son pocos, en verdad, los libros que en nuestro tiempo tratan de restablecer lo que podríamos considerar como el «equilibrio natural» de las cosas. He aquí, pues, uno de esos raros ejemplares en donde la sinceridad impera desde el prólogo al epílogo. Insistimos, una vez más, en un hecho muy simple: que el lector que se acerque a estas páginas no saldrá defraudado y volverá, luego de leído, nuevamente a él.—J. M. N. DE C.

WILLIAM STERN et al.: *El conocimiento de sí mismo y de los demás*. Paidós. Buenos Aires, 1968; 264 págs.

El pensamiento reflexivo —y, por lo tanto, la autoconsciencia— es una facultad distintivamente humana. De ella se ocupó ya la psicología filosófica del siglo XVII —sobre todo la empirista—. Más

tarde, le prestaron atención los grandes filósofos-psicólogos norteamericanos William James y John Dewey, que intentaron conciliar la tradición empirista con la hegeliana. Por la misma época, la auto-

consciencia había empezado a ser estudiada científicamente en relación con el «desarrollo» (= *development*, *Entwicklung*) mental —dirección que habría de seguir la psicología genética de Jean Piaget—. Y ese fue también el punto de partida de la psicología social interaccionista de Charles H. Cooley, George H. Mead y William I. Thomas. Es de notar que los primeros psicólogos sociales norteamericanos apenas debieron nada a los sociólogos alemanes Georg Simmel y Max Weber, con quienes, sin embargo, coincidieron en algunos puntos. La tradición norteamericana y la alemana vendrían, por fin, a convergir en Talcott Parsons. Y de la época de éste son los primeros intentos serios de encajar la autoconsciencia dentro de una teoría general de la personalidad (Gordon W. Allport, Gardner Murphy, Muzafer Sherif y H. Cantril, etc.).

Actualmente, el tema de la autoconsciencia —o del *self*, si se prefiere un monosílabo— sigue perteneciendo por igual a la filosofía, la psicología y la sociología. Es, efectivamente, un «lugar común», del que sería enojoso y arriesgado prescindir.

El volumen que comentamos es una compilación de diez *excerpta* de otros tantos autores (G. W. Allport; J. Church y L. J. Stone; Gino Germani; W. A. Hillix y M. A. Marx; Theodor Reik; Gilbert Ryle; William Stern, y Kimball Young). El conjunto ha sido concebido acertadamente. Pero, a pesar de su variedad y de su calidad, no puede ser considerado antológico —ni tampoco lo pretende—.

La primera parte reúne cuatro textos —de L. J. Stone y J. Church: *Childhood and adolescence*; Gino Germani: *Estudios sobre sociología y psicología social*; Kimball Young: *Handbook of social psychology*, y M. H. Marx y W. A. Hillix: *Systems and theories in psychology*— acerca del surgimiento de la autoconsciencia

como resultado de la maduración orgánica y de la interacción social.

Esta parte contiene también una sumaria revisión de algunas teorías. M. H. Marx y W. A. Hillix observan muy atinadamente que «Las definiciones del *self* son casi tantas como los psicólogos que se han ocupado de él, y a menudo no parecen tener significado operativo. Sin embargo, todas ellas coinciden en atribuir al *self* la condición de organizador que impone cierta coherencia en la conducta.» En cualquier caso, hay que evitar la ingenuidad de concebirlo antropomórficamente, como si se tratase de un *homunculus*. Si el *self* fuese una persona dentro de la persona, debería tener su propio (sub)*self*, y así, sucesivamente. Pero ocurre que, de ese modo, la dificultad teórica se multiplica, en lugar de resolverse. Lo mismo cabe decir de los intentos (platónicos, nietzscheanos, freudianos, etc.) de interpretar la vida psíquica como una acción dramática en que intervendrían varios personajes. El antropomorfismo es tan falaz en psicología como en sociología. La persona pertenece a un determinado nivel de integración, por encima y por debajo del cual hay estructuras de otro orden.

La segunda parte del volumen es más extensa —y también más satisfactoria— que la primera. Cuatro textos —de Gilbert Ryle: *The concept of mind*; William Stern: *General psychology*; Theodor Reik: *How to become a psychologist*, y Gordon W. Allport: *Personality: a psychological interpretation*— abordan los problemas gnoseológicos y metodológicos de la introspección y de la comprensión del prójimo, tanto intuitiva como inferencial.

El volumen incluye, por último, una «Bibliografía especial en castellano», que es una mera lista alfabética de ciento quince libros, en su inmensa mayoría traducciones del inglés.

Repetimos que *El conocimiento de sí*

mismo y de los demás no es una antología, ni tampoco una monografía colectiva. Es tan sólo una colección de lectu-

ras. Pero una colección bien concebida, como ya hemos hecho notar.—LUIS V. ARACIL.

LESZEK KOLAKOWSKI: *El racionalismo como ideología y ética sin código*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970; 175 págs.

Las ideas de Kolakowski están en la vanguardia del pensamiento actual filosófico. Siguiendo la línea de los partidarios de la teoría crítica de la sociedad califica el autor al racionalismo impregnado en determinados sociólogos burgueses de «ideología». No se trata de un proceder mental completamente «neutro» sino que el mismo coopera igualmente a mantener las fuerzas represivas de la actual sociedad. Por otra parte se critica la pretensión racionalista de que «no existe ningún objeto de conocimiento científico ni dominio de la realidad alguno que, por principio, sólo puedan ser aprehendidos por los seres humanos de tal modo que el contenido del saber sobre los mismos no sea susceptible de formulación lingüística» (pág. 16). Todas estas críticas no suponen la aceptación de una filosofía «irracionalista» sino simplemente el trabajar en pro de un camino intermedio que suponga una mayor conexión entre el pensamiento teórico y las finalidades prácticas.

«El talante racionalista práctico puede resultar fructífero en determinados dominios de la vida, en otros conduce justamente a lo contrario. No nos lamentemos, pues, de que no sean racionalistas los que rigen el mundo; el gobernante ha de tener la audacia de actuar irracionalmente con vistas al éxito de su conducta; el talante del racionalista consecuente no suele ir acompañado, en cambio, de tal audacia. Hemos de aceptar que la validez del racionalismo práctico ha de ser limitada. En cuanto a la aspiración a actuar con éxito, no cabe decir del racionalismo práctico sino que sólo

vale la pena guiarse por él en aquellos casos en los que asegura el éxito de antemano, sin que esta tautología venga precisamente a representar un motivo suficiente como para incitar a defender con brío la postura racionalista» (página 44).

Hay que ir a la búsqueda de una mayor extensión del método racionalista práctico en el pensamiento actual. El racionalismo del futuro no descansa en la aceptación de una tesis, sino en la *praxis*. Un racionalismo así entendido tiene presente la negación del absoluto de modo similar a como una de las figuras de Tolstoi, el juez Colowin, tenía presente la verdad de que todos los hombres son mortales. «Son, desde luego, suficientes unos pocos años para familiarizarse con esta verdad, pero han de transcurrir bastantes para aprender a organizar la *praxis* vital de acuerdo con ella» (pág. 103).

En la segunda parte nos recordó muchísimo Kolakowski a Bertrand Russell. Ambos predicán la necesidad de desprendernos de códigos de ética «externos y *a priori*», que suponen una merma de nuestras originalidades y espíritu creador. Las cosas se hacen o no se hacen, no por lo que nos digan estas normas externas, sino porque desde lo más íntimo de nuestra inteligencia y responsabilidad creemos que ello será o no beneficioso para nuestro desarrollo cultural y físico.

Frente a las injusticias del ambiente social no cabe ni la postura del nihilismo ni la del conservadurismo, sino la del enfrentamiento constante y respon-

sable. El nihilismo es la «convicción soterrada de que vale la pena vivir en un mundo totalmente malo o incorregible, de tal modo que la vida resulta ser, en un mundo carente de cualesquiera de valores positivos, un valor positivo (página 123). El conservadurismo equivale a un sistema de autodefensa, una auto-defensa frente a la obligatoriedad de tomar decisiones. «En tanto que el nihilismo evade la responsabilidad negando la posible efectividad de toda empresa llamada a realizar algún valor, el conservadurismo llega a un resultado similar, por otro camino ayuda a evadir toda responsabilidad estableciendo jerarquías de valores absolutos y duraderos, es decir, códigos morales» (pág. 132).

Al dar determinadas ideas sobre lo que será la ética del futuro, señala Kolakowski que no «estamos afirmando con ello que uno de los códigos vigentes haya efectivamente alcanzado el ideal descrito. Más bien debería ser dicho, por el contrario, que existe una aspiración perfectamente comprensible a

acceder a la posesión de un ideal de este tipo, el cual sirve en primer lugar de estímulo para el perfeccionamiento de los códigos existentes, y en segundo, permite considerar los códigos dados como ideales realizados. Esta *praxis* es tan general que su existencia no necesita demostración alguna» (pág. 146).

El planteamiento ético del autor es completamente crítico. «Nuestras objeciones están doblemente motivadas: pretenden llamar la atención sobre el hecho de que la búsqueda de un apoyo infalible en los códigos consumados representa un medio para adormecer la conciencia; pretenden expresar la sospecha que una conciencia moral bien codificada fomenta el desprecio a ciertos valores a los que, por otra parte, corresponde un lugar sobresaliente en la tradición cultural a que pertenecemos. Así pues, nos interesan tanto los resultados epistemológicos como los éticos del deseo de codificación absoluta.» La puerta está, por tanto, abierta a una posible evolución vertiginosa de la ética.—A. E. G. D.-Ll.

GALVANO DELLA VOLPE: *Rousseau y Marx*. Ediciones Martínez Roca, S. A. 1969: 190 páginas.

Para el autor no hay contradicción entre Rousseau y Marx, sino complemento. Así trata de demostrar que en el Estado socialista los derechos subjetivos son renovados, así como el parlamentarismo; que el elemento que transforma y renueva a esta esencia liberal (libertad menor) en una estatal socialista es la libertad mayor, igualitaria o instancia democrática comprobada materialísticamente; que, en fin, el Estado está destinado —según la hipótesis final de la teoría marxista-leninista— a «extinguirse» en esa sociedad de libres e iguales que es la sociedad comunista, donde las funciones públicas perderán su carácter polí-

tico y se transformarán en simples funciones administrativas para el cuidado de los intereses de la sociedad.

La democracia soviética —a juicio del autor— no viene en modo alguno a destruir lo positivo de la democracia política burguesa, sino a completarlo. En este sentido es revelador el análisis que hace Kelsen de la existencia de los aspectos positivos del parlamentarismo en el Estado de Derecho soviético. «Dada la impracticabilidad de la democracia directa en los grandes estados —dice Kelsen con una apertura problemática alusiva a Rousseau— el esfuerzo para establecer el contacto más constante y es-

tricto posible entre la voluntad popular y los representantes necesarios del pueblo, la *tendencia a acercarse al gobierno directo*, conduce no ya a una eliminación, y ni siquiera a una reducción, sino más bien a una hipertrofia insospechada del parlamentarismo. La Constitución soviética frente a la democracia representativa de la burguesía, lo muestra claramente. A un único Parlamento sustituye todo un sistema de innumerables parlamentos, superpuestos los unos a los otros, los *soviets* o consejos, que no son sino asambleas representativas. Así el parlamentarismo, con esta extensión suya, se intensifica. Para el comunismo moderno los parlamentos deben convertirse en *asambleas de trabajo*. Lo que significa que no deben limitarse a dictar leyes, sino que deben arrogarse su ejecución y la dirección del proceso de creación del orden jurídico hasta el último grado de realización de sus normas. ¿No es ésta, simplemente, una tentativa de *democratizar la administración* más que la legislación?

Frente a las interpretaciones hegeliano-idealistas del pensamiento de Marx, Galvano della Volpe dedica toda su obra a entroncar el pensamiento de Marx con la tradición racionalista (la cual él llama «racional-científica») de los pensadores europeos anteriores a Marx. Así llega a las siguientes conclusiones:

a) La libertad en las democracias modernas tiene dos caras: la libertad *civil* instituida por la democracia parlamentaria y teorizada por Locke, Montesquieu, Humboldt, Kant y Constant; y la libertad *igualitaria* instituida por la democracia socialista y teorizada explícitamente por Rousseau; *implícita* en Marx, Engels y Lenin.

b) La libertad igualitaria desarrollada en el primer Estado socialista, nacido de la Revolución de Octubre y en el método material-histórico de la lucha de clases, sustituyen al agotado método burgués

espiritualista o racionalvolitivo —abstracto y moralista— humanitario del mismo Rousseau, descubridor del problema de la libertad igualitaria y de la soberanía popular consiguiente (aunque Sartre calle en cuanto al peso de los precedentes roussonianos).

c) En la época presente se va dando una integración de las libertades civiles en las nuevas democracias con la progresiva satisfacción de instancias igualitarias.

Aparte del tema de las relaciones de Rousseau y Marx se encuentran otros escritos de Della Volpe. Así un estudio sobre la metodología materialista de la economía y de las disciplinas morales en general y «cinco fragmentos de ética». En estos últimos llama la atención una crítica acerba de la filosofía de Jaspers y una negación de pretendidas apetencias imperialistas o bélicas de los «Estados socialistas». La razón de ello se basa en el siguiente razonamiento, por cierto bastante abstracto: «Comprobada desde el punto de vista materialista (a la luz del principio de la lucha de clases) la instancia roussonianiana de la soberanía de la voluntad general o popular, desarrollada en función de una libertad igualitaria o social, sustancial y no meramente política o formal, se derivará de ello la justificación de un Estado socialista que, habiendo resuelto el problema interno del propio bienestar, por medio de la plenitud de producción surgida de la posesión social de los medios de producción y de la regla universal del trabajo, habrá superado en el exterior todo motivo de guerra, de conquista o de algún modo imperialista» (pág. 190). Digamos, por último, que la traducción deja mucho que desear con la utilización de términos poco expresivos y usados en estas clases de escritos, así como frases excesivamente largas y algo retorcidas.—A. E. G. D.-LI.

ALEXANDER HERZEN: *Cartas sobre el estudio de la Naturaleza*. Ciencia Nueva. Madrid, 1968; 266 págs.

El período prerrevolucionario ruso se extiende desde el reinado de Alejandro I (1801-25) hasta 1917. En esa larga época ocurre la recepción del pensamiento occidental moderno y la ruina ideológica de la sociedad agraria y autocrática.

Durante un siglo —y al calor del romanticismo, que produjo notables obras literarias y musicales—, se enfrentaron en Rusia dos concepciones culturales irreductibles: las utopías occidentalistas y democráticas y las ideologías eslavófilas y paneslavistas. Las primeras intentaron virgir la modernización completa del país, y las segundas se obstinaron en abortar todo cambio, invocando los valores supremos e intangibles de la tradición autóctona. Los grandes pensadores xenóforos y misonieistas fueron Nikolai Karamzin (1765-1826), Khomiákov, Konstantin Aksákov (1817-1860), Mikhail Kátkov (1818-87), Fiódor M. Dostoievski (1821-1881), Nikolai Danilevski (1822-85) y Konstantin P. Pobiedonóstsev (1827-1907).

Los primeros demócratas rusos, acaudillados por Muráviev y Péstel, formaron a partir de 1816 sociedades secretas y prepararon en diciembre de 1825 una revuelta que fue cruelmente sofocada. El fracaso de los decabristas se debió, desde luego, a la falta de soporte social. La generación siguiente fue más numerosa y se inspiró en el idealismo alemán y en el socialismo utópico. A ella pertenecieron los populistas y nihilistas, como Vissarion G. Belinski (1811-48), Chadaiev, Solóviev, Alexander I. Herzen (1812-70), Mikhail Bakunin (1814-76), Nikolai G. Chernichevski (1828-89), Lev N. Tolstoi (1828-1910), Nikolai A. Dobroliúbov (1836-61), Dimitri Pissárev (1840-1868) y Tkáchov (1844-85). Hacia 1880, surgieron los primeros socialdemócratas marxistas: Paul Axelrod (1850-1928),

Vera Zassúlich, Plekhánov (1856-1918), etcétera. Finalmente, irrumpió la generación revolucionaria de 1917, cuyos dirigentes fueron Vladimir I. Uliánov (1870-1924) y Lev D. Bronstein (1877-1940).

Alexander I. Herzen perteneció, pues, a la generación intermedia, y encarnó el populismo, en contraste con el nihilismo de Bakunin. En 1847 abandonó definitivamente Rusia, y fundó en el exilio dos publicaciones que ejercieron una vasta influencia: *Poliárnaia Zvezdá* (1855-69) y *Kólokol* (1857-67).

Alberto Míguez explica en su prólogo que «la figura filosófica de Herzen (representó)... la más vigorosa reacción contra la corriente eslavófila que, so capa de defender los valores tradicionales del país y de la iglesia ortodoxa, mantenía una postura absolutamente retrógrada». Herzen fue, en efecto, un progresista completo y consecuente, que armonizó el trabajo intelectual con la acción social.

El progresismo de Herzen fue señaladamente filosófico. Al abordar «el problema de las relaciones entre el pensar y el ser», el autor ruso mantuvo firmemente que «las leyes del pensar son las leyes conocidas del ser y, por lo tanto, el pensamiento no oprime en absoluto al ser, sino que lo libera». Esta tesis es una réplica al ignorantismo de los eslavófilos, y su fraseología recuerda la de los idealistas alemanes. Pero hay que precisar que Herzen se propuso, ante todo, «poner fin a su absurdo antagonismo (de las ciencias positivas) con la filosofía», y afirmó la solidaridad entre «los pensadores y los naturalistas», ya que «la acumulación de hechos y la profundización en su sentido son dos cosas que en nada se contradicen».

Herzen denunció incansablemente la «escisión» o el «desdoblamiento» de la



razón en dos niveles heterogéneos: el empirismo grosero y la metafísica pura o trascendental. Rechazando así el viejo dualismo epistemológico, prefirió calificar de simplemente «realista» su propia posición. En este sentido —que es fundamental—, se acercó seguramente más a Auguste Comte (1798-1857) que a G. W. Friedrich Hegel (1770-1831) o a cualquier otro idealista alemán. Por lo demás, es significativo que su gran ídolo intelectual fuese el polifacético J. Wolfgang Goethe (1749-1832), a quien no se cansaba de citar. Hay que tener en cuenta que este último fue en parte contemporáneo de Herzen y aún no estaba rodeado de su aureola clásica cuando el autor ruso escribió las *Cartas sobre el estudio de la Naturaleza* (1844-45).

Las ocho *Cartas* son una historia crítica del pensamiento helénico y occidental, desde los presocráticos hasta el «realismo». A lo largo de ellas, Herzen no demuestra tan sólo una considerable erudición filosófica, sino una constante y aguda curiosidad por el desarrollo de los conocimientos científicos.

La exposición es sólida y sagaz. La actitud del propio Herzen queda reflejada, por ejemplo, en las consideraciones que hace a propósito de Francis Bacon: «Las verdades prácticas y corrientes parecen vulgares. Todo lo que vemos de *cerca* y a menudo se nos antoja poco digno de atención. (...) Cuanto menos sabe el hombre, tanto mayor es su desprecio hacia lo habitual, hacia lo que le rodea.

(...) En nuestros días no ha desaparecido del todo el prejuicio que impele a esperar de las verdades de la ciencia algo inusitado, *inaccesible para la multitud*, nada propio del mundo en que vivimos». Y cita una frase del filósofo inglés: «Lo que es digno de existir, es también digno de ser conocido». Todo ello trae a la memoria un texto célebre, precisamente coetáneo del de Herzen: el *Discours sur l'esprit positif*. No hay que perder de vista que esa toma de posición, lejos de ser «antifilosófica», permite construir una filosofía genuina.

Tanto el autor ruso como el montpellerés estaban convencidos de que la razón no puede consistir sino en la armonía del pensamiento con la realidad práctica, y propugnaron una epistemología, rechazando la noción tendenciosa de que la verdad tenga que ser de suyo «inaccesible a la multitud».

No pudiendo analizar más detenidamente el contenido de las *Cartas*, nos limitamos a recordar que se trata de una obra mercedamente clásica. Aun hemos de añadir que el estilo de Herzen, claro y ordenado, está completamente libre de aquel *pathos* característico de tantos compatriotas del autor.

Herzen no fue simplemente un ruso occidentalista, sino un legítimo y estimable pensador occidental. La obra que hemos comentado tiene hoy calidad sustantiva, aparte de todo interés histórico.—LUIS V. ARACIL.

MIRCEA ELIADE: *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama, Madrid, 1967: 214 páginas.

A ejemplo de Rudolf Otto (*Das Heilige*, 1917), Mircea Eliade escribió este libro en 1956, con el propósito de que fuese «una rapidísima introducción a un tema inmenso». Su idea rectora fue que «Conocer las situaciones asumidas por el hombre religioso, penetrar en su univer-

so espiritual, es, a fin de cuentas, contribuir al progreso del conocimiento general del hombre».

Hay que advertir que Eliade situó su exposición dentro de una determinada perspectiva histórica, según la cual el moderno «hombre arreligioso desciende

del *homo religiosus* y, lo quiera o no, es también obra suya y se ha constituido a partir de las situaciones asumidas por sus antepasados. En suma: es el resultado de un proceso de desacralización. Así como la "Naturaleza" es el producto de una secularización progresiva del Cosmos obra de Dios, el hombre profano es el resultado de una desacralización de la existencia humana».

No será necesario insistir en que la adopción de ese punto de vista condiciona el sentido general del libro. Como Eliade es consecuente, su actitud frente al mundo moderno —que concibe en términos negativos, como lo que ha *dejado* de ser y no como lo que ha *llegado* a ser— trasciende a toda su teoría. Pero eso no supone que niegue beligerancia a quienes, por el contrario, mantienen que «El hombre se *hace* a sí mismo y no llega a hacerse completamente sino en la medida en que se desacraliza y desacraliza el mundo. Lo sacro es el obstáculo por excelencia que se opone a su libertad. No llegará a ser él mismo hasta el momento en que se desmitifique radicalmente. No será verdaderamente libre mientras no haya dado muerte al último dios». Entre esas actitudes opuestas existe un terreno de acuerdo, puesto que ambas convienen en que la «desacralización» es, efectivamente, un aspecto del progreso histórico. La discrepancia se limita a las valoraciones contrarias que cabe atribuir a ese hecho admitido.

Respetando el punto de vista de Eliade, creemos que, aunque él se haya especializado en el estudio de las religiones «primitivas», no puede ignorar que, entre ellas y el mundo moderno hay nada menos que las grandes religiones. Si compartiéramos la actitud negativa del autor, habríamos de concluir que las religiones superiores sólo significan una etapa intermedia en el proceso secularizador —lo cual se nos antoja demasiado

chocante—. La añoranza de la religiosidad ancestral puede llevar a despreciar los más altos logros espirituales de la humanidad. Y a ese extremo se llega al admitir que el paganismo es la religión propiamente dicha.

Una vez definido el concepto de hierofanía (= manifestación de lo numinoso), Eliade dedica dos capítulos al espacio y el tiempo sagrados. En cuanto al primero, su tesis fundamental es que «Para el hombre religioso, *el espacio no es homogéneo*. Presenta rupturas, escisiones. Hay porciones de espacio cualitativamente diferentes de las otras... Hay, pues, un espacio sagrado y, por lo tanto "fuerte", lleno de sentido, y hay otros espacios no consagrados y, por lo tanto, sin estructuras ni consistencia, en una palabra: amorfos. Más aún: para el hombre religioso, esa heterogeneidad espacial se traduce en la experiencia de una oposición entre el espacio sagrado —el único que es *real*, que *existe realmente*— y todo el resto, la extensión informe que lo rodea». Pues bien: «Como el espacio, tampoco el tiempo es homogéneo ni continuo para el hombre religioso. Existen los intervalos de tiempo sagrado —el tiempo de las fiestas, casi todas periódicas— y, por otra parte, el tiempo profano, la duración temporal ordinaria en que se inscriben los actos desprovistos de sentido religioso. Entre ambas clases de tiempo hay, bien entendido, una solución de continuidad. Pero, mediante ritos, el hombre religioso puede "pasar" sin peligro de la duración temporal al tiempo sagrado. (...) El tiempo sagrado es así indefinidamente recuperable, indefinidamente repetible» (cf. *Aspects du mythe*, 1963).

De ello se desprende que lo sagrado no es propiamente una realidad absoluta o una entidad «en sí», sino el polo de un contraste que lo opone a lo profano. La tesis de Eliade nos parece brillante por su sencillez misma. Pero acaso con-

vendría aclarar hasta qué punto la oposición sagrado-profano es totalmente fija, universal e inequívoca. En un magistral estudio (*Taboo*, 1956), Franz Steiner llamó la atención sobre los malentendidos que se han producido en este terreno. De todos modos, estamos dispuestos a admitir que la heterogeneidad espacial y temporal es nota definitoria de la *imago mundi* religiosa —de suerte que, a *sensu contrario*, la homogeneización del espacio y del tiempo es un señalado logro del proceso desacralizador.

En el tercer capítulo, dedicado a «La sacralidad de la Naturaleza y la religión cósmica», Eliade examina sumariamente los simbolismos universales del Cielo, la Tierra y el Arbol —este último ocupó un lugar central en la mitología germánica—.

Finalmente, bajo el epígrafe «Existencia humana y vida santificada», el autor estudia, entre otras cosas, las «pruebas» o iniciaciones (= *rites de passage*) requeridas de modo especial para ingresar en las ligas de hombres (= *Männerbünde*) y de mujeres (= *Weiberbünde*). Las ligas en cuestión tienen ciertas analogías con los «cultos» y con las sociedades secretas y, por cierto, se ha querido buscar en ellas el origen remoto de los lenguajes especializados. Pero no está claro que todas esas asociaciones tengan un carácter predominantemente religioso. Por otra parte, las iniciaciones pueden

ser reducidas a meras «discontinuidades en el condicionamiento cultural» (Ruth Benedict, 1938), que subrayan los contrastes entre las etapas sucesivas de la vida humana. No hay que perder de vista, por supuesto, que esas discontinuidades son esencialmente análogas a la heterogeneidad que hemos considerado típica de la *imago mundi* religiosa. Pero es posible que los cambios abruptos sean sustituidos por transiciones paulatinas. Esto parece ventajoso, ya que al no concentrar las dificultades en un momento decisivo, reduce seguramente el coste psicológico.

Sea como fuere, las ligas a que Eliade se refiere preservan ciertos conocimientos esotéricos, y ello plantea el tema interesantísimo de la incomunicación (=el secreto) dentro de la sociedad. El uso de las máscaras tiene que ver con este asunto.

Más allá de todas las objeciones que el crítico pueda hacer, *Das Heilige und das Profane* es indiscutiblemente un libro valioso y acertado. Su mayor defecto es la poca extensión. Puntos tan importantes como las relaciones entre la religión y la vida política han sido dejados fuera de la consideración del autor. No cabe duda de que lo sagrado suele tener una función legitimadora, pero ¿hasta qué punto está a su vez condicionado por esa función? — LUIS V. ARACIL.

## V A R I O S

PABLO CEPEDA CALZADA: *Reflexiones sobre la estabilidad política ante la compleja alma hispánica*. Fomento de Cultura. Valencia, 1969; 198 págs.

Como sugiere el título se trata de un estudio «psicologista» acerca de las posibilidades de convivencia política entre los españoles, sobre cuya supuesta incapacidad para la misma tanto se ha especulado, recurriendo a la caracterología,

e incluso hasta una suerte de *Volksgeist* maniqueo. Personalmente, las explicaciones psicologistas cuando son esto exclusivamente y se desechan, por ejemplo, las estructuras en las cuales se mueven los hombres concretos me parecen pura

especulación aun cuando no dejen de intuir alguna verdad. La presente obra, ciertamente, sólo relativamente, se integra en esa corriente, la cual, dicho sea de paso tal vez ha influido algo en la idea que muchos españoles tienen de los demás compatriotas: de que con ellos resulta imposible un *modus vivendi* al estilo, por ejemplo, de lo que se lleva en Europa, llegando por ahí a constituirse una extraña conciencia «racista», según la cual el hombre hispánico no es que sea superior o inferior a los demás, sino que es diferente (en ello se inspira, sin duda, el popular *slogan* turístico *Spain is different*).

Volviendo a la obra reseñada —escrita por cierto en una buena prosa— digamos que se trata, salvo tal vez algunos resabios de esa índole psicologista, de un libro que por lo menos resulta oportuno. La bibliografía española no es ciertamente abundante respecto a un tema que debiera ser apasionante, y por eso cualquier aportación bien intencionada como ésta, sin dogmatismos ideológicos, merece ya por ello ser acogida con interés. Es, pues, oportuna.

En forma de consigna se destaca ya al principio lo siguiente: «Horror a toda violencia entre los hombres». Su intención queda, pues, clara, prevenir un posible nuevo enfrentamiento estéril y desfasado.

Más para ello resulta imprescindible la reflexión intelectual, y el autor estudia, consecuentemente, las coordenadas presentes de la acción política futura. Da por sentado que hay unas derechas y unas izquierdas, citando para ello nombres y estableciendo líneas de pensamiento. Esto, a mi juicio, adolece en primer término de que la distinción tal vez sea demasiado ingenua y además —o quizá por ello— faltan nombres, así como se destacan innecesariamente otros. Además, en algunos casos, parece omitir la evolución de algunos de esos hom-

bres, que viniendo de la «derecha» ya están muy a la «izquierda», y al revés. Digamos, en suma, que se omiten las fuerzas políticas y se hace un simple recuento de nombres, los cuales son encasillados muy convencionalmente. Pero, al mismo tiempo, hay que reconocer que con ello el autor no pretende seguramente otra cosa que establecer un punto de partida para lo que viene después, por lo cual aquella crítica debe ser muy matizada.

En efecto, a continuación viene la exposición de las consideraciones ético-políticas del propio autor, con predominio del primer aspecto. Por eso los capítulos siguientes tienen como presupuesto estos dos puntos: «1) que en contra de un materialismo más o menos disimulado... a la postre, el mundo es regido por el imperio de las ideas; 2) que no se puede prescindir *in radice* de una situación social arraigada». (Aquí parece tomarse empero por sinónimo de situación una peculiar psicología. Como es lógico, no se mienta expresamente, pero parece subyacer a todo el contexto.) Al mismo tiempo, expresando la convicción de que las divergencias de opinión nacen «de la propia contextura de lo real» y de «nuestra estructura y posibilidad cognoscitiva» se insiste, muy acertadamente y quizá habría que divulgarlo aún más, en el peligro de la habitual confusión española entre lo privado y lo público. Pero en esto otra vez el enfoque predominantemente psicología impide que el autor exprese, a mi juicio, todas las posibilidades que ofrece el tema. Porque esa confusión no es meramente intelectual. Una confusión de tal tipo sólo podría ser atribuible a una colectividad si todos sus componentes fuesen sabios y conociesen Derecho. Pero como probablemente no existe ninguna colectividad así, hay que suponer que es la práctica, la cual tiene que ver mu-

cho con la estructura, la que obnubila el caletre del español normal, que son la mayoría de los españoles. Corre así el riesgo el autor de derivar a lo literario desperdiciando un tema muy jugoso. En fin, en el capítulo último, titulado «Diálogo del alma consigo misma», parece resultar obvio que el efecto buscado es suscitar en el lector una meditación íntima sobre los temas tratados. Sustancialmen-

te éstos: «comunidad, libertad y diálogo, igual que el sentido general de nuestro tiempo» todas las cuales «son palabras de significación democrática». Con un breve prólogo de E. Miret Magdalena concluye la obra, en cuyos capítulos intermedios, desde el punto de vista del Derecho político, se consideran las posibilidades de articular la convivencia política.—D. N.

ANTONIO MACHADO: *Antología de su prosa*. Prólogo y selección por Aurora DE ALBORNOZ. Editorial «Cuaderno para el Diálogo». Madrid, 1970; 244 págs.

Ciertamente, la prosa de A. Machado es poco conocida entre nosotros. El poeta eclipsó otros aspectos muy humanos de su obra de conjunto. La edición antológica que ahora se inicia contribuirá no poco a ese conocimiento postergado y no porque no hubiese ediciones de la prosa de Machado.

La selección —se anuncia por su autora— se hará siguiendo la sistematización del ideario y pensamiento de Machado en cuatro apartados: I. Cultura y Sociedad; II. Literatura y arte; III. Decires y pensares filosóficos, y IV. A la altura de las circunstancias. A estos apartados corresponden, respectivamente, otros tantos volúmenes de los que el de ahora es el primero, que «no pretende ser una obra de erudición sino de difusión».

Dice bien la prologuista y seleccionadora, que toda antología es difícil porque «antologizar es juzgar» y a esto equivale «elegir» unos textos excluyendo otros y, sabido es, que la cita de textos aislados hace decir a su autor —o aparecer que dice— lo que está muy lejos del espíritu y del pensamiento del conjunto de éste. Además, es difícil sistematizar y clasificar cuando la amplitud de los temas bien podían atraer hacia sí lo que se hace figurar en otro, y porque es difícil delimitar también el «campo» u objeto de un enjuiciamiento (por

ejemplo, social, jurídico, político, etcétera) que no pudiese serlo de otro. La autora reconoce que ha seguido un criterio subjetivo aun cuando ha pretendido que fuese lo más objetivo posible. No es fácil sustraerse a los enjuiciamientos y consideraciones personales.

Tras la presentación de la circunstancia histórica de Machado, bien conocida, divide el libro en una introducción y tres partes. En la Introducción presenta una «visión panorámica» del pensar y el sentir de Machado «sobre la vida y los hombres, el momento histórico en que viven él y sus personajes Abel Martín y Juan de Mairena, sobre las ocupaciones y deberes de los individuos y las clases sociales». En la Primera parte se presentan breves textos de Machado sobre ciertos tipos humanos, «casi arquetípicos» (hombres tímidos, modestos, cínicos) en cuyos retratos revela Machado una fácil captación psicológica. La Segunda parte recoge textos que se refieren a España —crítica y esperanza, también, en España—; admiración a figuras como Unamuno, Valle-Inclán, Giner de los Ríos, Pablo Iglesias y otros, de los que Machado habla en los términos más elogiosos. España y los españoles, sus problemas los siente muy de cerca y desde siempre imprimieron en él una gran preocupación humana que supo expresar

poéticamente (en verso o en prosa) y le llevó a «estar comprometido» con su circunstancia. En la Tercera parte se nos muestra el Machado maestro, pedagogo que, «por boca de su otro yo», Juan de Mairena, expresa su interés por la enseñanza y por la difusión de la cultura en el pueblo.

Antonio Machado y sus personajes por

él creados, Abel Martín y Juan de Mairena, nos habla de cosas humanas que, por serlo, son siempre actuales, de todos los tiempos. Y son dichas esas cosas con el verbo admirable de su poesía y de su prosa y, por eso, llegan más a lo íntimo. De aquí la influencia de Machado, cuya antología inicia ahora A. de Albornoz.—EMILIO SERRANO VILLAFANE.

SIGMUND FREUD: *El chiste y su relación con lo inconsciente*. Alianza Editorial. Madrid, 1969; 226 págs.

SANTIAGO VILAS: *El humor y la novela española contemporánea*. Guadarrama. Madrid, 1968; 224 págs.

Para ponderar la importancia del humor, no es necesario concebir al hombre como «animal que ríe». Incluso convendría revisar esa definición, a la luz de las diferencias personales descubiertas por varios investigadores en los últimos años. El humor es en gran medida cuestión de gusto y de idiosincrasia —amén del condicionamiento cultural—, que nos permite distinguir sin vacilar los estilos correspondientes a grupos, sociedades y épocas. Sin embargo, las comparaciones mismas presuponen una cierta medida común, y se comprende que la observación reflexiva se haya empeñado en descubrir una estructura universal e inmutable, más allá de las disparidades evidentes.

El interés arranca, cuando menos, de Aristóteles, y ha dado de sí una literatura clásica acerca del humor. Entre las aportaciones célebres espaciadas a lo largo del tiempo, creemos conveniente distinguir bien dos grupos: las de los preceptistas y críticos, por un lado, y las de los fisiólogos y psicólogos, por otro. Estos últimos no han querido ver en el humor más que un fenómeno natural, al paso que los primeros han estudiado sus potencialidades técnicas. La diferencia de enfoque es trascendental, porque de la elección depende que el humor apa-

rezca como simple reacción o mecanismo (=la risa) que funciona en ciertas condiciones, o bien como toda una estrategia (la sátira, por ejemplo) orientada hacia un fin.

El enfoque naturalista del humor, centrado en la risa, prosperó especialmente en la Gran Bretaña y en Francia durante la *belle époque*. Las contribuciones más notables fueron hechas por Alexander Bain (*The emotions and the will*, 1859), Herbert Spencer (*The physiology of laughter*, 1860), Charles R. Darwin (*The expression of the emotions in man and animals*, 1872), George Vasey (*The philosophy of laughter and smiling*, 1877), J. Dugas (*Psychologie du rire*, 1902), Georges Dumas (*Le sourire et l'expression des émotions*, 1906) y William McDougall (*A new theory of laughter*, 1922).

Mención aparte merece el ensayo de Henri Bergson (*Le rire: essai sur la significations du comique*, 1899), que se convirtió en un *best-seller* y aun hoy disfruta de una popularidad no muy justificada. Al cabo de una indagación atenta pero superficial, el autor concluía que el objeto primario de la risa es «lo rígido, lo artificial, lo mecánico; ... la distracción ... el automatismo». Bergson pretendía «haber dado con el método de

fabricación de lo cómico», el cual se reducía, según él, a unas pocas «reglas de construcción».

Por otra parte, y a lo largo del siglo XIX, existió en Alemania otra tradición que contempló el humor desde un punto de vista estético. A esta corriente, inaugurada por Immanuel Kant y por Friedrich Richter (*Vorschule der Aesthetik*, 1813), pertenecieron los filósofos Kuno Fischer (*Über den Witz*, 1889) y Theodor Lipps (*Komik und Humor*, 1898). La obra de Lipps inspiró directamente a Freud.

Freud escribió su ensayo *Der Witz* en un momento de plenitud intelectual (1905) y teniendo a la vista varias de las aportaciones anteriores. Su propósito fue lograr una síntesis amplia y original en el lenguaje de su propia doctrina psicológica. La obra alcanzaría justa fama internacional a través de la versión inglesa de A. A. Brill. Luis López-Ballesteros la tradujo directamente al castellano y apareció en el tercer volumen de las *Obras Completas* que fueron publicadas primero en Madrid (Biblioteca Nueva) y luego en Buenos Aires (Santiago Rueda). Hay que tener presente que *Der Witz* inspiraría las investigaciones de varios seguidores de Freud, entre ellos Sandor Feldmann (*A supplement to Freud's theory of wit*, 1941) Martin Grotjahn (*Laughter in psychoanalysis*, 1950) y Ernst Kris (*Psychoanalytic explorations in art*, caps. VI-IX). Mucha menos fortuna tendría, en cambio, un ensayo tardío sobre el humorismo, que Freud escribió en agosto de 1927; fue leído por su hija Anna en un Congreso y apareció impreso en 1928.

*Der Witz* ocupa un lugar doblemente destacado. En primer término, dentro de la obra de su autor, y al lado de sus aportaciones más estimables. Pero, en segundo lugar, también descuella en medio de la literatura clásica acerca del humor. Renunciamos, naturalmente, a va-

lorar aquí un estudio que ya es célebre. Sin embargo, no creemos ocioso subrayar sus tres aciertos indiscutibles. Para empezar, Freud insistió en el carácter esencialmente relativo del humor. La *uis comica*, según él, no es una sustancia, sino que consiste siempre en un contraste, y requiere por parte del sujeto, una comparación. Ahora bien: este trabajo mental se produce de manera instantánea, y sólo su producto acabado suele aflorar a la consciencia. El humor, por lo tanto, nos lleva a postular: *procesos mentales* inconscientes, que no hay que confundir con el famoso «Inconsciente» antropomórfico postulado por el mismo Freud. En segundo lugar, el autor relacionó el humor con un «gasto psíquico ahorrado»: «El placer del chiste surge de una economía en el gasto requerido por la inhibición; el de lo cómico, de una economía en pensamiento, y el del humorismo, de una economía en emoción». Lo que esos términos quieren decir es algo bien sabido: que la sensación cómica consiste siempre en una distensión (=relajamiento, expansión, desahogo, liberación, alivio), de suerte que es la antítesis de la angustia. Finalmente, Freud postuló una estructura interpersonal del humor, con una pluralidad de *rôles* —al menos dos: el sujeto y el objeto (=víctima), y eventualmente un tercero (=público)—. De esa manera, dejó abierto el camino a un enfoque sociológico, lo cual fue una feliz excepción dentro de su doctrina, cerradamente individualista.

Resumiendo, podemos afirmar que al abordar el tema del humor, Freud bosquejó un modelo mucho más amplio y convincente que el que más tarde se convirtió en eje de su teoría general. Curiosamente, su manera de tratar este asunto fue más bien «Adleriana» que «freudiana», y a eso debe, sin duda, su valor perdurable. El núcleo de teoría contenido en *Der Witz* tiene una vali-

de independiente de la del psicoanálisis. A nuestro modo de ver, Freud fue aquí mucho más certero que Bergson. Sólo creemos que esté superado —aunque parezca irónico— por un autor bastante más antiguo: Thomas Hobbes, el cual supo condensar en un solo párrafo (*Human nature*, 1650, cap. 9.º) lo que los estudiosos posteriores no han podido abarcar en volúmenes enteros. Pero la superioridad de Hobbes sobre Freud se explica fácilmente si tenemos en cuenta la línea evolutiva tan irregular que han seguido las ciencias humanas.

La obra de Santiago Vilas (*El humor y la novela española contemporánea*) consta de dos partes claramente separadas. La segunda se ocupa de cuatro

autores españoles contemporáneos (R. Gómez de la Serna, W. Fernández Flórez, Camilo J. Cela y A. de Laiglesia), y la primera (*Hacia un concepto del humor*, páginas 17-98) es un intento de revisión teórica.

Es de lamentar que, pese a la cantidad de información que ha manejado —la bibliografía final enumera 109 títulos—, S. Vilas no llegue realmente a esclarecer ningún punto esencial. Su exposición es bastante ligera y abunda en confusiones, como se echa de ver contemplando el diagrama «Categorías del humor» (pág. 91).

Sin embargo, opinamos que el libro de S. Vilas puede ser leído con algún provecho.—LUIS V. ARACIL.

ANTONIO TOVAR: *La lucha de lenguas en la Península Ibérica*. Del Toro. Madrid, 1868; 100 págs.

El título de este libro —acaso demasiado expresivo— recuerda indiscretamente aquellas *métaphores illogiques* que el padre de la lingüística moderna reprochaba a los filólogos. Lo grave es que semejante fraseología suele ser distintiva de una mentalidad: el organicismo vitalista, cuyo campeón más desenfadado en el campo del lenguaje fue el alemán August Schleicher (1821-68), botánico y filólogo *tout d'une pièce*.

No es extraño, pues, que el autor se crea obligado a reconocer en forma expresa que «Naturalmente, las lenguas no luchan ni compiten. Las lenguas no son entes vivos, y todas las metáforas biológicas con que pensamos su "vida" (nacimiento, extinción, florecimiento, lenguas madres e hijas o parientes) sólo corresponden de modo indirecto y explicativo a la realidad. (...) Las lenguas aparecen, se desarrollan, evolucionan y cambian, no como seres vivos, sino como las

instituciones, las normas, las costumbres de las sociedades.»

Pese a todo, el organicismo vitalista es una mitología (cfr. Roland Barthes: *Mythologies*, 1957, págs. 215-68) que, como otras muchas, sobrevive contumaz e insidiosamente a su propio descrédito. Prueba de ello es que, con poca consecuencia, el propio Antonio Tovar atribuye más adelante a los idiomas una peculiar «vitalidad» (págs. 20, 27, 37, 40, 52). También les atribuye carácter «innovador» o «conservador» (págs. 15, 22-25, 28, 30-31, 33-34, 36-37, 40, 55, 58, 60, 63, 67, 70, 74), abusando traslaticamente de términos cuyas connotaciones ideológicas no son sino demasiado violentas.

El libro que comentamos merece una atención especial en la medida en que su objeto no es lingüístico —ni tampoco filológico—, sino sociolingüístico. Antonio Tovar lo anuncia claramente: «Tradicón, literatura, administración y go-



bierno: todas las actividades humanas se manifiestan a través de la lengua, de las lenguas.» Claro es que, recíprocamente, «aunque la política, la cultura, las ideas sociales, la literatura, contribuyen a fijarlas y a darnos la sensación de inmovible estabilidad, la dinámica social matiza, sin duda, su vida, con cambios siempre paulatinos, pero, además, a veces bruscos.» El autor viene a decirnos, en suma, que existe una continua interacción entre la lengua y su ámbito sociocultural. Y esa interacción —en la que la consciencia y el control desempeñan papeles decisivos— explica fenómenos como la sustitución (= *shift*), a la que Tovar se refiere en estos términos: «También una lengua puede ser barrida de un territorio por una conquista o una invasión, o ser extendida por la colonización a continentes nuevos (...). El número de hablantes de una lengua disminuye mientras que el de otra aumenta. Las migraciones guerreras o pacíficas, las conquistas o influencias políticas o culturales hacen que muchas veces la lengua de los hijos no sea la de los padres.» Cuando eso ocurre, existe un conflicto «en el hogar como en la calle, en el campo como en la cultura». Otro fenómeno sociolingüístico fundamental es la normalización (= *planning*), mediante la cual la acción social más o menos deliberada y concertada «puede cambiar y fijar una lengua y establecer para siglos la supremacía de un dialecto». Por lo demás, las distribuciones de fenómenos que la geografía lingüística registra, suelen tener una explicación sociolingüística: «Comunicaciones, aéreas, políticas o geográficas, influencias literarias y cultas, etc.»

El libro de Tovar se ocupa de «la historia movidiza, y no terminada, de las lenguas de nuestra Península». A ella dedica cinco capítulos, el primero de los cuales habla de «Las lenguas actuales», y el último, de «Las lenguas primitivas».

Aunque aceptable en líneas generales, ese *escorzo* retrospectivo deja mucho que desear en varios puntos. Señalaremos, a título de ejemplo, que la atención que el autor presta al árabe es a todas luces insuficiente.

La autoridad filológica de Tovar en lo que se refiere a las épocas más remotas (prehistóricas y protohistóricas) es ampliamente reconocida. Pero no ocurre lo mismo, por desgracia, en lo tocante a épocas más recientes. Además, su bagaje sociolingüístico no es comparable al filológico. De hecho, parece ignorar casi toda la investigación especializada. De ahí la falta de sistema y la gran vaguedad terminológica, que son los principales defectos de su exposición.

Pero sería injusto atribuir al autor todas las deficiencias de su libro. Ya es mucho que éste intente —aunque no lo consiga— exponer la historia sociolingüística de la Península Ibérica. Por que es obvio que esa historia que aún nos falta no puede ser suplida por las gramáticas históricas del castellano, más o menos adobadas con noticias inconexas e indigestas. Tovar intenta superar ese marco tan estrecho y tan desaseado. Y, al hacerlo, señala la dirección que los estudios posteriores habrán de seguir.

A diferencia de la gramática histórica, la historia sociolingüística es *part and parcel* de la historia general o «social» que los antiguos llaman «civil». Esto se aplica tanto a nuestra Península como a cualquier otra región del mundo. Y bien: ocurre, en nuestro caso, que épocas muy dilatadas y episodios de gran envergadura permanecen aún envueltos en la oscuridad. No cabe duda de que la ignorancia en que estamos se debe, en gran medida, a que los historiadores suelen pasar por alto los hechos lingüísticos, y los especialistas que se ocupan de ellos propenden a ignorar los marcos socioculturales. Tal vez haya llegado ya el momento de corregir esos dos vicios.

complementarios y de abordar un número considerable de cuestiones, algunas de ellas ni siquiera planteadas hasta hoy.

*La lucha de lenguas en la Península Ibérica* da una idea —todavía incompleta e imprecisa— de cosas que habrá que

estudiar más sistemáticamente. Por eso es un libro que apasiona y defrauda al lector. Lo mismo puede decirse de la bibliografía final (sesenta y un títulos) y de las ilustraciones cartográficas.—

LUIS V. ARACIL.